

MESTIZAJE E INTERCULTURALISMO

Diálogos con William Ospina



Comentan:

- Roger Tuero
- Reymi Ferreira
- Carlos Hugo Molina
- Gabriel Barcat
- Homero Carvalho

**MESTIZAJE E
INTERCULTURALISMO**
Diálogos con William Ospina

**OPN - UAGRM
OBSERVATORIO POLÍTICO NACIONAL**
Director: Róger Tuero

Depósito Legal: 8-1-188-09 P.O.
Reservados los derechos
de acuerdo a Ley.

Impreso en:
Industrias Gráficas SIRENA
Santa Cruz - Bolivia



MESTIZAJE E INTERCULTURALISMO

Diálogos con William Ospina

Santa Cruz de la Sierra - Bolivia

*Este libro reúne las conferencias dictadas
por **William Ospina** sobre los temas
de Mestizaje e Interculturalismo,
en las ciudades de La Paz y Santa Cruz.*

ÍNDICE

- Presentación, Roger Tuero.....	11
- Mestizaje e interculturalismo (Santa Cruz), William Ospina.....	13
- Comentarios, Reymi Ferreira, Carlos Hugo Molina y Gabriel Baracat	26
- Mestizaje e interculturalidad (La Paz), William Ospina	35
- El orgullo del mestizaje, William Ospina.....	46
- Lo originario de América, William Ospina.....	49
- Reflexiones finales, Homero Carvalho	54

PRESENTACIÓN

Roger Tuero(*)

Primero que nada quiero saludar a nuestro expositor William Ospina y agradecerle por venir a Santa Cruz de la Sierra a compartir sus trabajos y a hablarlos a nosotros, de nosotros mismos. Queremos saludar también la presencia del Magnífico Rector de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, Reymi Ferreira y de Carlos Hugo Molina, ambos comentarán la conferencia que ésta noche nos brindará William Ospina. Agradecemos también la presencia de Guido Riveros Franck, de la Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria de La Paz, y a los miembros de la Fundación de Santa Cruz, a los miembros del Observatorio Político Nacional y a los miembros de la Fundación AVINA. Así mismo agradecemos a los docentes, estudiantes, a los dirigentes, líderes sociales y cívicos y a los ciudadanos y ciudadanas que nos acompañan en esta ocasión.

William Ospina nació en 1954, en Padua, Tolima, Colombia, estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Santiago de Cali y Literatura Francesa en Francia. Ha publicado varios libros de poesía y ensayo. En 1992 ganó el **Premio Nacional de Poesía** con el libro **El país del viento**. En 2003 obtuvo el Premio de Ensayo de Casa de las Américas por su libro **Los nuevos centros de la esfera**. Entre sus obras publicadas se cuentan: **Es tarde para el hombre** (1992), **¿Dónde está la franja amarilla?** (1996), **Las auroras de sangre** (1999), **La decadencia de los dragones** (Alfaguara, 2002) y **América mestiza** (Aguilar, 2004). Su traducción completa de los **sonetos de William Shakespeare** fue publicada en Buenos Aires en 2003. En el 2005 publicó **Ursúa**, "La mejor novela del año", a decir de Gabriel García Márquez. En el 2009 presentó su última novela **El país de la Canela**.

Quisimos conocerlo mejor por lo que piensa y por lo que escribe y busqué información en la Internet y les puedo asegurar que se podría decir mucho so-

(*) Polítólogo, docente de la Universidad Gabriel René Moreno, Director del Observatorio Político Nacional.

bre la producción literaria y los premios que ha recibido William. Les voy a leer unos fragmentos de algunos textos seleccionados casi al azar:

“Oigo decir a veces que es muy poco lo que pueden hacer las palabras frente al poder desmesurado de las armas, de los Estados o de las corporaciones. Que pueden muy poco los libros frente al poder abrumador de la televisión y que eso es más grave aún en países como el nuestro, donde se lee tan poco. Yo creo en el poder de las palabras, en la capacidad de los libros para cambiar a los seres humanos, en la capacidad de la literatura para cambiar a la sociedad. Venero a alguien que dijo: “Si me fuera permitido hacer todas las canciones de una sociedad, no me importaría quién hace las leyes”. Creo en la influencia civilizadora que han obrado sobre la humanidad el Ramayana, la Odisea, la Biblia, el Corán, los diálogos de Platón, La Divina Comedia, el Quijote, Hamlet, El espíritu de las leyes, la Declaración de los Derechos del Hombre. Creo en el poder de los libros para hacernos más perceptivos, más reflexivos, incluso más sensibles”.

Sobre el tema “Mestizaje e interculturalidad” que ahora nos congrega leí en un artículo titulado “Lo originario de América”, del propio William Ospina, lo siguiente:

“América ha vivido varios descubrimientos y esos descubrimientos a veces han sido posteriores a las conquistas. Parece formar parte de su destino esa rutina de descubrimientos y conquistas, pero es tal la enormidad del territorio y la complejidad de sus culturas que a veces sentimos que nunca acabarán de descubrirse. Hace cinco siglos empezó a hablarse del Nuevo Mundo, pero todavía hoy sentimos que nuestra América está a punto de ser descubierta, cada día nos sorprende con alguna revelación, y ya veremos que, curiosamente, no sólo terminan siendo desconocidos su naturaleza y su futuro, sino que su propio pasado deja de ser perceptible, para seguir actuando poderosamente en la sombra”.

Sobre su libro *El país de la Canela*, William Ospina en la presentación oficial de su libro en Bogotá nos dice que:

“Los conquistadores buscaban algo más que oro y canela. Estaban en búsqueda de sirenas, centauros, gigantes y Amazonas. Un montón de cosas que habían perdido en sus tierras, por eso viajaron a América, para volver a creer en ellas. Era una época codiciosa, pero fantasiosa; en la que se actuaba mucho, pero se soñaba de igual forma. Ellos no conocían la frontera de la realidad y la fantasía”. Por eso no me extraña, dice Ospina, que años después surgiera el Quijote...

MESTIZAJE E INTERCULTURALISMO

William Ospina(*)

Buenas Noches. Quiero agradecer muy especialmente a Guido Riveros, a la Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria y a la Fundación AVINA, por esta invitación; por esta oportunidad para estar de nuevo en Bolivia, un país al que quiero mucho y al que ya había visitado hace algunos años. Por supuesto que quiero agradecer a todos ustedes por su presencia, sé que no es fácil a estas horas reunirnos a tantas personas a hablar, a reflexionar sobre temas que son y no son de la urgencia cotidiana, quiero hacer sólo unas consideraciones generales a la luz de lo que ha sido mi experiencia como escritor sobre este tema tan apasionante tan viejo y tan nuevo como es el del mestizaje, el de los cruces culturales, sobre todo en un continente donde esa es una tradición hace ya mucho tiempo.

Hace cinco siglos había una cara oculta de la tierra, así como se sabe hay una cara oculta de la Luna. La Luna gira de tal manera alrededor del planeta que siempre nos muestra la misma cara, pero hay otra cara que no vemos jamás; no vemos a simple vista lo que hay en la cara oculta de la Luna. Resulta asombroso que hace cinco siglos este planeta donde habían vivido civilizaciones de ciento de miles de años, donde había ciudades, tuvieron la cara oculta. Una mitad del planeta no había visto jamás a la otra mitad, y unas civilizaciones habían desarrollado una manera totalmente independiente y eso resulta apasionante. Es como si tuviéramos la oportunidad de encontrarnos con un planeta desconocido, con la población, con la humanidad, con las culturas, con los dioses, con los mitos, con las leyendas de otro planeta ¿Qué ocurriría? muchos autores de ciencia ficción se lo preguntan ¿Qué ocurriría si de pronto nuestros viajeros espaciales se encontraran con un planeta habitado, lleno de templos, de dioses, de tradiciones, de mitos, de leyendas, de pueblos, de culturas? Y algunos piensan con cierto pesimismo que tal vez no se daría la fascinación recíproca de esas cul-

(*) Transcripción textual de la conferencia dictada por William Ospina en el auditorio del Hotel Camino Real, el 7 de noviembre del 2008. Edición a cargo de Homero Carvalho Oliva

turas, las unas por las otras y el diálogo enriquecedor de unas tradiciones con otras. Cómo haz interpretado tú el mundo, cómo lo he interpretado yo, cómo haz mirado tú la naturaleza, cómo lo he mirado yo, qué piensas tú de la muerte, qué pienso yo de ella. Sino que tal vez lo que se daría sería un desencuentro y un conflicto. Quienes piensan así, por ejemplo Ray Bradbury, cuando escribe su famoso libro *Crónicas Marcianas*, para contarnos en la fantasía como fue la conquista de Marte por los terrícolas, se acuerda de lo que pasó en América hace cinco siglos y piensa que lo que habrá allí será un proceso de negación, de arrasamiento, de destrucción de las culturas que tengan mayor desarrollo técnico sobre las que tengan menos desarrollo técnico.

Se dio, pues, ese encuentro hace cinco siglos, con la cara oculta de la tierra, y aunque hace quince años cuando se celebró el Quinto Centenario del descubrimiento de América, y del comienzo de la conquista de América, se acuñó el término "El encuentro de los mundos" y se habló mucho de lo que había sido ese encuentro. La verdad es que todos sabemos que no existió ese encuentro, que lo que existió fue una conquista brutal, el avance atropellado, desesperado también y bastante heroico, y bastante abnegado por cierto, pero lleno de crueldad de unas culturas que tenían una superioridad técnica tremenda frente a las otras, y que sobre todo contaban con las tres armas mortíferas del siglo dieciséis que eran los caballos, los perros y la pólvora.

No se dio ese diálogo, no se dio ese encuentro, no se dio ese asombro recíproco, no se dio ese enriquecimiento de las culturas, ocurrió más bien que en vez de darse el descubrimiento de América se dio lo que el ensayista Germán Arciniegas llamaba el cubrimiento de América, la lengua española vino a cubrir a las lenguas Americanas, la religión Europea vino a cubrir a las religiones que habían en América, los mitos traídos de la edad media europea, vinieron a cubrir los mitos del mundo americano, y todo mito no es una invención en el vacío, todo mito es un desciframiento a través de símbolos de los misterios de la realidad; pero bueno, el hecho de que no se haya dado ese encuentro de los mundos y ese diálogo cultural, no significa que las cosas hayan quedado así para siempre. Cuando dos mundos se encuentran y cuando se da un fenómeno tan curioso, tan interesante como el que se vivió en la conquista española, los conquistadores no aniquilaron a los pueblos nativos.

Porque a veces hay algunas personas que dicen: bueno, es que nuestra desgracia fue que hubieran llegado los españoles a estas tierras, porque si hubieran llegado los ingleses, otro gallo nos cantara.

Pero la verdad es que todos sabemos que si en América todavía existen indígenas, si existe un mestizaje del que todos formamos parte, es más bien porque

fueron los españoles y no los ingleses los que llegaron. Donde llegaron los ingleses más bien no sobrevivieron los indígenas y no sobrevivieron los mestizajes. Tal vez si hubieran llegado los ingleses aquí no estuviéramos hablando de mestizaje siquiera. Lo cierto es que llegaron los españoles y llegaron en unas condiciones tales, que se mezclaron con las culturas nativas. Decir que no dialogaron es una exageración, no se dio todo lo que tenía que haberse dado pero el proceso fue más complejo de lo que uno se imagina.

Un día, me encontré a mí mismo, lleno de interés por lo que había pasado en la conquista y lo que había pasado en el siglo dieciséis, buscando hallé la obra de un poeta que quiso hacer una crónica en verso de todo lo que había sido la conquista del caribe y de las regiones equinociales de América. Se sabe mucho de cómo fue la conquista de México, se sabe mucho de cómo fue la conquista del Perú y de todo el imperio Inca, se sabe un poco menos de cómo fue ese proceso complejo de avance por las islas del Caribe, por las costas del norte de Suramérica, por la región equinoccial y Juan de Castellano fue el que intentó llenar ese vacío y pintar ese fresco desmesurado y hacerlo no solamente mediante una crónica, sino mediante un poema y leyéndolo, viví muchos asombros y me sentí presenciando una película asombrosa. A veces casi irreal, por momentos muy sombría, por momentos muy divertida, por momentos muy conmovedora, porque Juan de Castellano quería contarle todo, todo lo que pasó en esos tiempos. Eso hizo que algunos críticos dijeran ¡ah! Ese es un libro demasiado tedioso, demasiado agobiante, es el poema más extenso de la lengua española, está lleno de minucias y de detalles insignificantes. Es muy difícil de leer ese poeta, dijeron algunos de los grandes críticos de su tiempo, pero un día yo estaba leyendo un historiador inglés y ese historiador decía: la conquista de América fue un hecho tan asombroso, tan vasto, tan sorprendente, significó tantos cruces de culturas, muertes de dioses, triunfos de dioses, desplazamiento de pueblos enteros y era un hecho tan tremendo y tan irreplicable que en aquellos tiempos sólo era sensato el que quería contarle todo. De manera que encontré una nueva virtud en ese poeta que me había gustado tanto. A mí esa minuciosidad que él utilizaba y a la que él recurría no era un capricho, era una necesidad profunda de su espíritu, él debió decirse alguien va a querer saber algún día como fue esto, alguien va a querer saber algún día como eran las orillas de estos ríos lleno de caimanes, como era eso que después un poeta mexicano llamó con un verso muy bello "*el relámpago verde de loros*" tal como era la exuberancia de la naturaleza, tal como era la riqueza de los pueblos indígenas. Jorge Robledo, un conquistador español que avanzó por los cañones del Cauque del territorio de lo que hoy es Colombia, vio pueblos, vio ejércitos enteros coronados de oro y dejó escritos en sus

cartas que era como si todos fueran reyes. Un ejército de reyes es algo pues que estimula nuestra imaginación y es uno de los muchos espectáculos que vieron aquellos hombres en aquellos tiempos, detrás del avance casi siempre atroz, casi siempre salvaje casi siempre despiadado de los primeros conquistadores, avanzó una legión de hombres fascinados con lo que encontraban, tanto que decidieron volverse cronistas y contar esas historias de los que andaban buscando oro, riquezas. Pero así mismo otros andaban buscando como nombrar todo eso, como bautizar todo eso, como contarle al mundo, como contarle a Europa, como contarle al futuro todo eso que estaba pasando, tan nuevo, tan desconocido, tan terrible, a veces tan doloroso y siempre tan perturbador y esos cronistas fundaron América.

Nuestra América se fundó en el lenguaje y el lenguaje es el principal instrumento de conservación del pasado, el lenguaje no solamente acuña la memoria, sino que es su principal vínculo entre las sociedades. Toda transformación que obremos sobre el lenguaje es una transformación que obramos sobre la sociedad, por eso la importancia profunda de la literatura y la poesía. Uno cree que los poetas están haciendo versitos y que los narradores están haciendo pequeños relatos, cuando en realidad están manteniendo viva la salud del lenguaje, los resortes secretos de la lengua, su capacidad expresiva, su capacidad de comunicar y su capacidad de soñar. Están compartiendo eso con todas las comunidades, están recogiendo un tesoro que no ha sido hecho por académicos, que no ha sido hecho por poetas, que no ha sido hecho por eruditos, sino por todas las comunidades en su conjunto.

La lengua es un tesoro maravilloso, es el fruto genial de los pueblos, no de los sabios, los sabios llegan y administran ese tesoro, pues ese tesoro ha sido acuñado por los pueblos y los poetas a veces llegan a darle un orden especial, se esfuerzan por mantener la respiración, la salud de la lengua y por mejorar su capacidad expresiva para compartirla otra vez de nuevo con esa comunidad. Estos hombres pues hicieron esa primera aventura de nombrar en una lengua, que ya era una lengua tan madura que estaba en vísperas de escribir don Quijote. Sin embargo les quiero dar un ejemplo de cuán expresiva y de cuán rica era la lengua castellana que llegó a América hace cinco siglos. Es un breve poema, un romance, que se llama el *"Romance del jovencito, la novia y la muerte"* que se le atribuye a Juan de la Encina, un poeta de hace unos seiscientos o setecientos años. En ese poema se puede ver cuán rica y cuán expresiva era la lengua castellana: *"Yo me estaba reposando anoche como solía, / soñaba con mis amores que en mis brazos se dormía, / vi entrar señora tan blanca/ bien más que la nieve fría, / por donde haz entrado amor, / por donde haz entrado vida, / cerradas están las puertas, ventanas*

y celosillas, / no soy el amor amante / soy la muerte que Dios te envía, / ¡ay! muerte tan rigurosa déjame vivir un día, / un día no puedo darte, una hora tienes de vida, / muy de prisa se levanta más de prisa se vestía, / ya se va para la calle en donde su amor vivía / ábreme la puerta Blanca/ ábreme la puerta niña, / la puerta como he de abrirte / si no es la hora convenida, / mi padre no fue a palacio mi madre no está dormida, / si no me abres esta noche ya nunca más me abrirías, / la muerte me anda buscando / junto a ti vida sería, / vete bajo la ventana donde bordaba y cocía, / te echaré cordel de seda para que subas arriba, / si la seda no alcanzare mis trenzas añadiría, / ya trepa por el cordel, ya trepa la barandilla, / la fina seda se rompe y él como plomo caía, / la muerte lo está esperando abajo en la tierra fría, / vamos el enamorado la hora ya está cumplida”.

Ese es un poema de Juan de la Encina, muy anterior al descubrimiento de América, y nos revela cuán expresiva y tan rica era la lengua castellana que llegó aquí en el siglo XVI, y sin embargo esa lengua tan rica enmudecía ante América, no sabía como nombrar a América, no tenía palabras ni para los árboles, ni para los climas, ni para los animales, ni para las topografías, ni para las regiones, ni para los pueblos nativos, ni para sus costumbres ni para sus indumentarias, ni para sus mitos, ni para sus ornamentos, era una lengua que venía llena de una suerte de complejo de superioridad, se sentía hija ilustre del latín y del griego, y pensaba que las lenguas que habían en América eran lenguas bárbaras y salvajes, pero no sabía nombrar a América. Entonces Juan de Castellanos y otros cronistas querían nombrar este continente y no sabían cómo, porque uno nombra árbol cada vez que ve un árbol y decir, un árbol es demasiado general, uno tiene que saber como se llama ese árbol, y como se llaman los pájaros, así está de verdad nombrando el mundo.

Entonces, estos que eran hombres del renacimiento, tomaron la decisión peccadora, porque a la luz de la autoridad en aquellos tiempos eso era casi un pecado, pero necesario. Tomaron prestadas palabras de las lenguas indígenas del Caribe y de Los Andes para llamar todo aquello que no tenía nombre, y fue así como ingresaron en la lengua castellana: los poporos, las canoas, las iguanas, y las hamacas, los boyiyos, los tiburones, y los huracanes, palabras todas que provienen de las lenguas indígenas y que enriquecieron de una manera colosal la lengua castellana y la modificaron. La modificaron a tal punto que cuando el poema de Juan de Castellanos que estaba lleno ya no solamente de palabras clásicas, sino también de iguanas y de canoas, y de jaguares y de papagayos, y de guanábanas. Cuando ese poema llegó a Europa todo el mundo dijo ¿esto que es?, esto no es poesía, esto que puede ser, esto es un montón de palabras que nosotros no sabemos que significan, porque claro en Europa no existía nada

de todo eso, en Europa no eran más que sonidos raros. Pero cómo nombrar a América, si nosotros no podemos decir jaguar, cómo poder cantarle a América si nosotros no podemos decir Guacamaya, y no podemos decir huracán, si no podemos decir tiburón, y no podemos decir iguana.

Ese fue un trabajo colosal, importantísimo, y a lo largo de los siglos si algo han hecho las naciones americanas y si algo han hecho los creadores y los escritores, y los poetas, y los cantores, y los que hacen música, es transformar esa lengua que llegó hace siglos, en una lengua capaz de expresar lo que somos, capaz de nombrar el mundo desde nuestra sensibilidad, desde nuestro corazón, desde nuestras fibras, entonces la lengua que hablamos hoy la llamamos lengua española, y la llamamos lengua castellana, pero hace mucho tiempo dejó de ser la lengua que llegó de allá, ha logrado un efecto contrario muy interesante, por eso tenemos que estarle muy agradecidos a los muchos pueblos, y a las muchas generaciones que vivieron aquí antes que nosotros.

Y es que después de lo que se suele llamarse el siglo de oro español, después de la muerte digamos de Pedro Calderón de la Barca, por allá en mil seiscientos algo, la lengua castellana en España entró en una suerte de decadencia y de silencio, que era también uno de los resultados de la declinación del imperio español, que había sido el primer imperio del mundo, y un día se descubrió convertida en la última nación de Europa o una de las últimas naciones de Europa.

España había padecido esa tragedia de ser una gran nación y después haber sido relegada por otras, como le ha pasado a Roma en sus tiempos también, como le ha pasado a Persia, cada pueblo vive un momento de esplendor y después vive de sus buenos recuerdos otro tiempo y de sus nostalgias y de sus derrotas también.

Así que la lengua castellana había estado, digámoslo así en términos siquiera simbólicos, durante el siglo diecisiete y el siglo dieciocho, y no había sido una gran lengua de pensamiento y una gran lengua de civilización, como así lo fue en los tiempos del siglo de oro, por los tiempos de la conquista, o cuando se escribió el Quijote, que es el primer gran libro fundador de la modernidad y que es un prodigio de sensibilidad, de imaginación, de belleza, de humanidad. Y resulta que en los tiempos en los que la lengua española estuvo tan muda, y tan llamémoslo así estéril, las otras lenguas de Europa vivían un gran esplendor, fue la época de la ilustración francesa, fue la época de Moliere, fue la época de los enciclopedistas, de Diderot, de Voltaire, de quien Jorge Luís Borges había

dicho que escribía la mejor prosa de la lengua francesa y tal vez del mundo, fue la época del Romanticismo inglés de Keats, Bacon y Byron, fue la época del romanticismo alemán de Novalis, de Hölderlin, de Goethe. Fue una época de gran creatividad y de gran belleza y de gran profusión de obras literarias en todo el resto de Europa. Y al mismo la lengua Castellana estaba muda, ese fue un fenómeno muy curioso que pasó en esos siglos anteriores a nuestra independencia y aún contemporáneos con nuestra independencia y a finales del siglo diecinueve ocurrió un hecho maravilloso en la América Latina al que le debemos buena parte de las cosas buenas que nos pasan hoy, así como se la debemos por supuesto a las campañas de independencia y a esa generación gloriosa y heroica que conquistó la libertad y que construyó nuestras naciones; así a fines del siglo diecinueve conquistamos, digámoslo así también, la independencia espiritual, porque habíamos conseguido una independencia política pero habíamos seguido siendo como adoradores de Europa y no capaces de crear una propia voz y una propia tradición. A finales del siglo diecinueve en todos estos países nuestros surgió una generación de escritores maravillosa, espontáneamente y simultáneamente surgió Manuel Gutiérrez Nájera en México, José Martí en La Habana, José Asunción Silva en Colombia, José María Arguedas en el Perú, Ricardo Jaimes Freire en Bolivia, Leopoldo Lugones en la Argentina, Herrera Reissig en el Uruguay, por todas partes surgían voces y esas voces tenían una misma sensibilidad y un mismo sueño, y finalmente todas esas voces convergieron en la voz más alta de la literatura del continente: la voz de Rubén Darío, el Nicaragüense.

Y cuando Rubén Darío recibió toda esa influencia, de todos esos poetas que estaban devolviéndole la vitalidad a la lengua castellana, tuvo la misión de llevar ese prodigio, que era lo que después se llamó el modernismo latinoamericano hasta España, era muy difícil que España escuchara porque, si hoy es difícil que España mire en condiciones de igualdad a estos pueblos nuestros cómo sería hace un siglo, a finales del siglo diecinueve, que llegara un indio nicaragüense allá a decirles que él era poeta. Pero era tan grande y tan maravillosa la música de la poesía de Rubén Darío y resumía de tal manera la respiración de todo un continente que cuando Rubén Darío llegó a España, España quedó pasmada, nunca había sonado tan hermosa la lengua castellana como en los labios de ese indio nicaragüense.

Entonces, al cabo de estar seis meses Rubén Darío en España, ya los escritores españoles se dividían entre los partidarios y los adversarios de él, pero él había ya creado alrededor suyo todo un acontecimiento y al mismo tiempo resurgió la literatura española y volvieron a unirse la lengua de España y la

lengua de América, que se habían ido distanciando con el tiempo; con la independencia y con todo eso, y se dio ese fenómeno en el que resurgió, o diría yo surgió por primera vez de una manera audible la cultura americana ante el mundo. Todos sabemos que si bien con la independencia conquistamos la libertad y conquistamos la independencia, desaparecimos del planeta, porque antes formábamos parte, aunque sea como tributarios del Imperio español que era un Imperio muy visible en el mundo, después de que declaramos la independencia, España se quedó con la derrota y nosotros nos quedamos con el olvido. Cada país encerrado en sí mismo, el gran sueño de Bolívar de una Federación Continental fracasó, nos aislamos en países casi incomunicados los unos con los otros. No habría soñado un escritor de principios del siglo XX, que ni siquiera lo pudieran leer en un país vecino, estábamos demasiado aislados, demasiado encerrados, demasiado lejos de la historia. Pero esa generación de modernistas nos devolvió la voz, nos devolvió la autonomía, nos ayudó a tener una lengua madura, nueva, vigorosa, y todos sabemos lo que ha hecho América Latina con la lengua castellana a lo largo del siglo veinte, la voz de América Latina se escucha ya en el mundo, la América Latina, aunque sigue todavía fragmentada y aunque todavía no ha encontrado las claves de su integración continental y de su diálogo continental, es ya una cultura visible respetada, notable del mundo contemporáneo y eso se debió a ese esfuerzo del más visible de los escritores del siglo diecinueve, pero que venía de muchas generaciones humanas, transformando una lengua y convirtiéndola en una lengua Americana.

Lo que quiero decir con esto es que la lengua que nosotros hablamos hoy, no es la lengua española y sobre todo no es la lengua española que llegó hace cinco siglos, sino que es una lengua que se ha enriquecido de nuestra experiencia y que está llena de cosas nuestras. En la obra de Rulfo por ejemplo, así como de toda la tradición ancestral del mundo indígena mexicano, hay montones de cosas de la mitología indígena de México que resurgen y surgen en la lengua de Rulfo. Así como hay muchas cosas de esa mezcla endiablada de colorido y de sensualidad del Caribe en la obra de García Márquez, y así como está llena de todas las voces de los inmigrantes de todas las regiones del mundo en la obra de Jorge Luís Borges, es decir tenemos un mosaico ya muy rico y muy complejo, y bueno todo ello para mostrar como el mestizaje a veces lo utilizamos como una palabra simple, nosotros decimos el mestizaje sin tomar en cuenta los encuentros de tradiciones, pero esos encuentros tienen una dinámica, una riqueza, una complejidad y están profundamente vinculados con nuestra vida cotidiana.

Ahora bien, yo recuerdo que en Colombia durante mucho tiempo, hubo por parte de las élites intelectuales y de las élites de las aristocracias del país, una

negativa muy grande a aceptar como parte de su cultura al mundo indígena y al mundo de origen africano; eso no les parecía cultura, la cultura era la cultura clásica de la orquesta sinfónica, los mármoles griegos, el Apolo, la Eneida, la Odisea, eso era la gran cultura para cierto sector de la sociedad colombiana muy influyente, que le parecía que las voces de los indígenas eran curiosidades étnicas, pero que eso no era cultura profunda y que pues las danzas frenéticas de los africanos eran más bien algo como para ver por ahí en las fiestas populares, pero ni mucho menos pues en los grandes templos del arte. Se le tuvo mucho miedo a ese mestizaje y a esa fusión de elementos europeos con elementos indígenas, y con elementos africanos, sin embargo un día surgió la obra de Gabriel García Márquez, y yo la obra de Gabriel García Márquez sólo la puedo entender como la convergencia en un tejido verbal en una obra literaria de la elocuencia de la lengua castellana por el pensamiento mágico indígena y con el colorido y la sensualidad y el ritmo de los pueblos de África en el Caribe. Me parece una gran obra de mestizaje, una gran síntesis de mestizaje y resulta que eso a lo que le teníamos tanto miedo terminó siendo la gran expresión de nuestra cultura frente al mundo. El mundo entero quedó pasmado y maravillado viendo surgir esa flor nueva, esa fusión de culturas y de tradiciones de alguien que por fin se había atrevido a recoger lo que éramos todos y mostrarlo de una manera inventiva, creadora, imaginativa.

De manera que, muchas veces, le tenemos miedo al mestizaje y tenemos esas culturas como en compartimientos estancos, cada una va conservando su aparente pureza, pero de los diálogos culturales, han surgido las grandes obras, las grandes tradiciones, y a veces las grandes soluciones sociales a los problemas del mundo. Nosotros estamos viendo esta semana un fenómeno que no se puede dejar de mencionar, el triunfo de Barack Obama en los Estados Unidos. No solamente el triunfo de un candidato, no es una reacción frente a un mal gobierno, es un hecho profundísimo de la cultura, y tiene hondas raíces, por eso un pensador norteamericano dijo esta semana, el martes terminó la Guerra de Secesión de los Estados Unidos del siglo diecinueve, la Guerra de Secesión no terminaba cuando se declaraba la libertad de los esclavos, porque un decreto lo firma cualquiera, la Guerra de Secesión y la libertad de los esclavos se logra cuando un miembro de esa comunidad puede obtener lo que obtiene cualquier otro miembro de la comunidad. Entonces el martes cuatro de noviembre terminó la Guerra de Secesión de los Estados Unidos que le costó la vida a Abraham Lincoln hace ciento cincuenta años o casi, es un hecho muy profundo de la cultura pero tenía profundas raíces y tenía como anuncios ciertos rasgos culturales. Yo diría que uno de esos anuncios se dio por allá por los años cuarenta, aunque

no la tengo muy clara esa historia pero más o menos cuando los instrumentos musicales y europeos, entraron en contacto con toda libertad y con toda creatividad, con las tradiciones musicales africanas y surgió el Jazz en un mundo lleno de intolerancia, lleno de repulsiones; donde lo blanco y lo negro no podían combinarse ni aproximarse siquiera, ni comer en la misma mesa, la música empezó a crear los cauces y los caminos de convivencia e intercambio y de encuentro, y el Jazz, lo que surgió fue una música extraordinaria, de una gracia, de un ritmo, de una sonoridad, de una libertad nueva. Ese es un precedente de cómo la cultura abre cauces para que la sociedad se reacomode, se reconcilie, se reencuentre. Yo creo que las mejores soluciones históricas son las que se logran por esa labor anónima, a veces de los pueblos y que a veces las soluciones políticas tratan de poner a fusionar mundos distintos, de mezclar mundos distintos, sin la delicadeza, sin la libertad, y sin la gracia con que a veces el arte lo logra. Y, sobre todo, las artes populares que son tan creativos, y casi siempre las artes populares en lo que uno encuentra es como se mezclaron sociedades, comunidades, mundos, como dialogaron, como volvieron algo que pudo haber sido un desencuentro y hasta una guerra, lo convirtieron en un ritmo, en una ceremonia, en un ritual. Eso es importante, tenemos que ver de cuántas maneras distintas el mestizaje, por el camino de la cultura y por el camino del arte encuentra a veces soluciones que difícilmente se hallan por el camino de la mera razón y de la aproximación mecánica de los mundos.

A lo que quería ir con esta disertación, que ya se va prolongando -creo que más de lo debido-, es a que América Latina ha sido desde el comienzo un laboratorio de fusiones culturales, un extraordinario laboratorio de fusiones culturales, algunas cosas hemos logrado, algunos diálogos se han dado a pesar de que hubo todo el interés porque esos diálogos no se dieran desde el comienzo. Se dieron, porque los pueblos hacen lo que tienen que hacer, crean lo que necesitan crear, y entonces nosotros llevamos cinco siglos explorando y descubriendo a veces sin mucha conciencia de que lo estamos haciendo, como es que mundos tan distintos se encuentran y se enlazan y producen sus síntesis.

Hasta hace unos cincuenta años, los países europeos que habían vivido en otros tiempos de la historia, sus mezclas, y sus fusiones, y sus confusiones, habían llegado a una idea clara de sí mismos. Hace cincuenta años Francia sabía que era Francia, Alemania sabía que era Alemania, Inglaterra sabía que era Inglaterra, Italia sabía que era Italia, España sabía que era España. Yo creo que un viento nuevo recorre el mundo, y hoy esos pueblos de Europa están preguntándose que son, y quienes son, y están volviendo a tener una suerte de crisis de identidad, porque Alemania está llena de turcos, porque Inglaterra está llena

de hindúes y de caribeños, porque Francia está llena de africanos de gentes que vienen de otras culturas, del Islam. Hay millones de islamistas en Francia. Porque España está llena de latinoamericanos y de africanos y entonces otra vez les va a tocar volver a preguntarse, ¿Quiénes somos? ¿Qué es esto? ¿Y Cómo? Porque la historia no se detiene y la historia está llena de esos avances y esos repliegues y esos cruces y nunca llegamos al día en que podamos decir este es el cuadro terminado de la humanidad, porque ese será el día del Apocalipsis, aquí se acabó todo. Todo se mezcla, se funde se confunde, se altera, nada se detiene, no nos bañamos dos veces en las aguas del mismo río nos decía allá Heráclito hace veinticinco siglos. Entonces Europa empieza a tener una necesidad nueva de entender esa complejidad que esta surgiendo en su interior, y nosotros que llevamos cinco siglos en esos experimentos, y en esos ejercicios a veces con fortuna, a veces con menos fortuna, tal vez tendremos cosas que aportar en este nuevo momentos del planeta, en esta nueva reflexión sobre como se aproximan las culturas y también nosotros tenemos que acabar de realizar los diálogos que no hemos hecho. Yo siento que allí donde hay un conflicto, allí hay un diálogo que no se realizó; que allí donde hay un roce, un choque, un desacuerdo, casi siempre hay una tarea que no se cumplió en su momento y eso no significa que no haya que cumplirla. Las exclusiones suelen dejar heridas y resentimientos y dolores y a veces obnubilar el juicio. Cuando uno ha sido maltratado y ha sido herido, uno ya no está tan dispuesto a comprender, a dialogar, pero es el deber de todos nosotros superar la lógica del resentimiento y entender que la única manera de corregir las cosas, no es la venganza, que solamente eterniza los males, sino una actitud nueva de valoración de nosotros mismos.

A mí, oyendo el discurso de Barack Obama esta semana, me interesaba mucho la serenidad con que hablaba, tal vez fue lo que más me impresionó, la firmeza y la serenidad, porque no sentí en ningún momento allí rencor, y sin embargo el estaba expresando el dolor de una raza, que harto ha sufrido en este continente y con la que hartas deudas tiene la humanidad. Sin embargo él sabía que la verdadera reparación no es el rencor, que la verdadera reparación es que por fin una comunidad tenga un lugar digno, para aportar, para entregar sus sabidurías, para entregar sus destrezas a la causa común de la convivencia que debería ser la causa de la política. La palabra política que, a veces, envilece en tantas tensiones, y en tantas degradaciones, no debería significar otra cosa que el arte de la convivencia, como convivir de una manera generosa, como compartir los dones del mundo, en un mundo que a pesar de lo mucho que lo hemos depredado y de lo mucho que lo hemos saqueado, es todavía un mundo tan hermoso, tan rico, tan lleno de dones.

Tendríamos, los humanos, que hacer un esfuerzo por compartir esos dones sin saquear demasiado el mundo; también dijo ese presidente recién elegido, pronunció una frase que a mí me parece importante, es una frase que todos nosotros tenemos que tener consciente que es uno de los grandes desafíos de la época: es que tenemos un mundo en peligro.

Es verdad, nuestro mundo está en peligro, está en peligro por muchas razones distintas, una de esas razones tal vez es, no nuestra ignorancia sino nuestro conocimiento, el conocimiento humano el conocimiento sobre todo liderado por la civilización occidental, ha dejado unas cumbres tales que nuestras culturas, que nuestra civilización, que nuestra modernidad, se siente capaz de cualquier cosa y por supuesto que no sólo hay conocimiento en las fábricas, en los puentes, sino y, eso ya es perturbador, hay mucho conocimiento en las bombas nucleares, hay mucho conocimiento en las metralletas que proveen sin fin las fábricas. Ahí el odio se ha refinado en la industria y esas virtudes nuestras, las virtudes de nuestros conocimientos, las virtudes de nuestras ciencias, las virtudes de nuestra tecnología, no siempre se emplean para cosas positivas, la industria de las armas es una industria colosal en el planeta, y como industria que es necesita consumidores y necesita estimular el consumo y necesita escenarios donde se utilicen todos esos juguetes.

El mundo está en peligro por muchas razones y una de ellas es esa tendencia de la industria a convertir la naturaleza sólo en una bodega de recursos. Antes los bosques, eran los bosques de la memoria, los bosques del mito, los bosques de la leyenda, los bosques de la belleza y de los manantiales; ahora un bosque son recursos madereros, y un río son recursos hidráulicos, y creo que hemos perdido algo en la relación profunda con la naturaleza que será necesario recuperar, y muchas veces pueblos a los que se suele dejar de lado, como pueblos que son, testimonios de otras épocas, tienen sabidurías profundas en su relación con la tierra y en su relación con el mundo, y con la sacralidad del mundo que vale la pena consultar, es decir en una época como ésta con tantos desafíos para todos, en donde nadie puede decir que está aburrido porque no hay nada que hacer, porque los desafíos son desmesurados y maravillosos, y lo que hay que salvar es muy grande.

No tenemos derecho a desdeñar una sola tradición. Todas las tradiciones del planeta tendrán que ser interrogadas, todas las memorias del planeta tendrán que ser recuperadas. Toda tradición cultural tiene virtudes y tiene defectos, y si para algo tenemos criterio es para poder desglosar y descifrar qué es positivo, qué es todavía vigente para el futuro, que puede ser útil para la civilización y

que habría que abandonar como costumbres innecesarias o dañinas. Pero, no tenemos derecho a persistir en las exclusiones, en desdeñar aportes que podrían ser fundamentales para el futuro.

Yo creo que la civilización occidental no tiene todas las respuestas para los males del mundo moderno y que, por eso, es necesario dialogar y dialogar respetuosamente y profundamente con todas las otras tradiciones, y creo que si de algo se trata, es de inventar sobre lo que tenemos, un mundo posible. El mestizaje entonces más que una palabra es como una dinámica, es como una posibilidad, es como un escenario en el cual pueden entrar elementos distintos y ser interrogados de nuevo, el arte es una herramienta que está para todos para enseñarnos de qué manera delicada y de qué manera eficaz esos diálogos pueden llevarnos a nuevas soluciones.

A lo largo de mi vida, yo diría que estas reflexiones que ahora, desordenadamente expongo ante ustedes, no son fruto de estudios especializados que yo ya haya hecho sobre el tema del mestizaje, o sobre el tema de la historia, sino fruto de mis necesidades personales. Cuando empecé a escribir, empecé a preguntarme en qué lengua escribo: ¿Se parece esta lengua al mundo en que yo nací? ¿Al mundo en que vivo? ¿Será una lengua hábil para contar el mundo en que yo he nacido? ¿Los sueños que yo tengo? ¿Las necesidades que yo tengo? y creo que cada quien desde su disciplina: sea arquitecto, sea ingeniero, sea matemático, sea biólogo, sea escritor, sea contador, desde cualquier disciplina, es posible encontrarse con esas preguntas por que todos esos oficios son necesarios y cada uno de ellos podrá aportar algo, una partecita de esa respuesta común, de esa respuesta total.

Nuestros pueblos están siempre a la orilla o de grandes desencuentros o de grandes soluciones y va a depender de la actitud que nosotros asumamos, y del compromiso que cada uno de nosotros asuma, que el desenlace de las tensiones históricas sean grandes desencuentros, o grandes soluciones.

¡Muchas Gracias!!!

COMENTARIOS

Reymi Ferreira(*)

La verdad es que me pareció muy interesante la analogía que hizo William Ospina acerca de que viéramos el otro lado de la Luna y lo que, posiblemente, sintieron los que venían del otro lado del mundo cuando llegaron a estas tierras. Cuando William decía que los cronistas eran los que iban describiendo lo que veían, yo pensaba qué pena que no hayamos podido tener la descripción de los otros, de los que estaban acá, de los que entre comillas eran descubiertos, porque tuvieron y tienen lenguas pero lamentablemente no las llegaron a tener por escrito. Eso fue la gran limitación para descubrir, para entender ese maravilloso encuentro entre dos culturas, que a mi entender no tuvo mucho de sublime, por lo menos en las motivaciones de los que venían de Europa.

Evidentemente había un componente material en la conquista, como el que tuvieron los ingleses o los franceses cuando iban a otras tierras a colonizarlas o a conquistarlas, aquí además hubo un componente espiritual y un fanatismo religioso que nos hizo más daño que beneficio en ese proceso. También creo importante comentar que cuando William hablaba del mestizaje, y señalaba que algunos sostienen lo interesante que hubiese sido que nos hayan conquistado los ingleses; es cierto que los españoles preservaron o por lo menos no exterminaron del todo a la población indígena, pero hay que entender que tampoco tuvieron una motivación altruista, fue también una causa material la que provocó la conquista.

Yo tengo la concepción de que ellos pensaban que no había que trabajar con las manos porque eran herederos de la escolástica de la filosofía griega, y por lo tanto trabajar con las manos era algo incorrecto, por lo tanto había que esclavizar, había que hacer trabajar a otro, pero también es justo reconocer que la conquista o el encuentro de estas dos culturas no tuvo las mismas características.

(*) Abogado, autor de varios libros de poesía y ensayos sociopolíticos. Actual Rector de la Universidad Gabriel René Moreno.

Hay que reconocer que, tempranamente, Bartolomé de las Casas planteaba otra forma de acercarse a nuestros pueblos, a través de la música, a través del arte, y cien años después los jesuitas trataron de hacer lo mismo.

Me encantó la verdad, me gustó mucho la parte en la que William planteó la necesidad que tuvo la lengua castellana de ser flexible y de enriquecerse y, abriéndose, haciéndose flexible, logró enriquecerse.

Me encantó también la descripción magistral de cómo esa expresión del lenguaje, a través de Rubén Darío y de los escritores, literatos y pensadores de fines del siglo diecinueve, hacen un aporte no sólo a la cultura española o a la lengua castellana sino a la humanidad. Quisiera simplemente añadir, a todos los nombres que mencionó con bastante amplitud el expositor, autores como por ejemplo, en el caso nuestro, a Franz Tamayo o José Vasconcelos, con la Raza cósmica, o José Enrique Rodó que señala muy bien lo que nos planteó William en el caso de Ariel y Calibán y que luego, décadas mucho más tarde, son autores que van a dar lugar a exponentes que incluso llegan al Premio Nóbel. Justamente por eso, por esa musicalidad que le dieron al idioma Miguel Ángel Asturias o García Márquez que son los más conocidos.

Me parece importante, que el caso o el punto que él plantea acerca de la Independencia que logran nuestros pueblos y que nos lleva al olvido, en gran medida también se dio por condiciones ajenas a una intención, sino más bien fue una situación que enojó la estructura de la colonia, en la que estábamos más dependientes y relacionados, vinculados con las metrópolis que entre nosotros mismos. Situación en la que jugó un factor importante no solamente nuestra geografía vasta y amplia, sino también en los circuitos económicos que se formaron, es posible ver que había mayor intercambio, por ejemplo entre Buenos Aires y quizás algún puerto europeo norteamericano que entre Buenos Aires y algún puerto de algún otro país nuestro, por decir Venezuela o México, son circuitos económicos que estuvieron ahí desde la colonia. Algo que me parece realmente importante, y yo lo quisiera relieves porque no se puede pasar de lo político a lo económico o a lo cultural, y no se puede mencionar lo cultural si no hay efecto político y efecto económico; porque todo está interrelacionado. En algo que coincido plenamente y aprecio que se lo haya dicho con la claridad que se lo dijo, ha sido que vivimos tiempos de cambio, tiempos nuevos, tiempos en los que se están cambiando paradigmas, en los que nos estamos abriendo y en eso hay que reconocer que tiene mucho que ver un fenómeno que también muchos critican a priori como es la globalización. Uno ve generalmente en los libros de ciencias sociales una actitud anti-globalización, evidentemente cuando

se ve solo desde la perspectiva económica, uno puede estar tentado a eso, pero no valora en la verdadera dimensión la importancia de la globalización, por ejemplo en la globalización de los derechos humanos y gracias a las tecnologías, al Internet y a los medios de comunicación, creo que la globalización ha jugado un rol importante, y paradójicamente, mientras se nos ha querido homogeneizar culturalmente desde la perspectiva occidental, con mayor fuerza han surgido los movimientos que quieren valorizar su propia identidad.

Hay muchos autores, y es una verdad que ya no la vamos a repetir, que dicen que ya no es la lucha de clases sino es la lucha de culturas, se habla de muchos autores, Huntintong y compañía; pero los grandes movimientos, los grandes conflictos, las grandes contradicciones pasan por lo cultural, y creo que en el tema cultural la globalización ha jugado un rol fundamental, el respeto a las minorías, la reivindicación de género, de las culturas, todos estos derechos han avanzado de una forma impresionante en los últimos 20 años y en eso creo que han tenido un rol fundamental la globalización, donde el aspecto tecnológico ha sido clave.

Decía el expositor, con bastante claridad, de que es fundamental el diálogo; pero claro, el diálogo sin comunicación es imposible, en la comunicación y los medios de comunicación que caracterizan a la revolución tecnológica creo que han jugado su granito de arena en este proceso, yo quisiera finalizar simplemente diciendo: Me siento conmovido por un discurso sincero, por una exposición muy clara y pertinente; que destaca la importancia de rescatar la unidad en la diversidad, en donde posiciones fundamentalistas que rechazan al contrario, generan posiciones xenófobas y racistas; que rechazan al diferente, no solamente por motivaciones económicas, sino, por motivaciones de tipo cultural. Y creo que una cultura es más rica, mientras más se abre, mientras más se nutre, mientras más respeta, mientras más incluye.

Ahí está el ejemplo de nuestro idioma, el idioma castellano, que es un idioma muy rico, más que el francés creo yo, inclusive más rico que el inglés. La apertura del castellano con las lenguas nativas fue una apertura que ha enriquecido, y que ha revitalizado a nuestro idioma. Simplemente quería decir eso y reiterar mis felicitaciones a William por una exposición magistral.

Carlos Hugo Molina(*)

Y es aquí, en este tipo de foros, donde tenemos que tratar de encontrarnos. Hoy se nos han planteado algunas reflexiones que son absolutamente pertinentes para el momento que vivimos. Voy a tomar prestada una frase que se repetía en las películas mexicanas de la década del cincuenta: “Todos los personajes son de ficción, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia”, para reconocer que lo que nos ha dicho William parece una coincidencia extraordinariamente clara y gráfica (no se si tenía la intención de hacerlo de esa manera) con relación a los problemas que estamos viviendo en éste momento en el país y los que estamos viviendo en Santa Cruz. El valor del diálogo y de la palabra como elemento de restablecimiento de heridas. A veces por desconocimiento no lo hacemos, y es ahí donde hay la posibilidad de hacerlo de manera distinta.

Hay dos expresiones que no tienen relación territorial ni en tiempo ni en espacio y que se repiten casi simbólicamente de la misma manera y con el mismo objetivo, una es en lengua quiché una de las veintidós lenguas del pueblo maya, que los sacerdotes mayas cuando están frente a un problema mayor al que pueden resolver individualmente hacen una especie de invocación repitiendo una expresión ritual “chujcho manoj” resulta extraordinario William comprobar como esa misma frase en aymara la expresan los amautas diciendo “amuitasi ñáni” no tiene ninguna relación el “amuitasi ñani” físico y territorial con el “chujcho manoj” de los mayas, pero expresan lo mismo, significa que pensemos colectivamente, reflexionemos colectivamente. Cuando hay algo que no puede ser resuelto individualmente se acude a la fuerza del conocimiento, a la información, a la experiencia del conjunto que siempre será mayor que la suma de las partes, esto nos lleva a tratar de compartir algunas de nuestras magias por la lectura de algunos de tus textos, porque entendemos que sos un cronista que

(*) Abogado, autor de varios libros de poesía, novela y ensayos sociopolíticos. Exministro de Estado y actual Director del CEPAD.

lleva la lengua y que lleva la imaginación y la magia por todos lados. Y resulta que, efectivamente, esa magia está presente absolutamente en todos los lugares y es la posibilidad de descubrirla y de ponerla en evidencia la que puede permitir enriquecernos sin que se pierda su energía y sin que pierda su fuerza. Este es un territorio de América que por sus distancias con todo el mundo y con todos los lugares vivía de dizques; hay una poesía de Rómulo Gómez, uno de nuestros poetas locales que decía invocando al que llegaba, que se pare el viajero, que detenga su camino, porque era necesario que nos cuente lo que pasaba.

La expresión de la palabra, durante mucho tiempo más rica, fue la palabra verbal que la escrita; desarrolló una cultura del diálogo, una cultura de la tertulia, de manera extraordinaria que es la que cuando se recoge adquiere esta musicalidad, adquiere esta forma de expresar y estas formas de comunicarse. Hay un pueblo indígena, Urubichá, que se da en esta mezcla que nos estás planteando de mestizaje, porque en la inocencia de tu exposición nos estás obligando a tomar posición con relación a lo dicho. Si estamos hablando de mestizaje, estamos teniendo que aceptar la existencia de dos que se han unido, o por amor o sin amor pero del que somos producto de ese momento, y que sólo una reconciliación con ese hecho nos puede permitir reconocernos de donde venimos. El elemento de la no reconciliación nos va a mantener siempre al apronte o en confrontación. Bueno, en Urubichá tenemos una de las clases magistrales de este mestizaje, de este reconocimiento y apropiación del otro, este es un pueblo indígena que tiene tres mil novecientos habitantes de los cuales dos mil interpretan música barroca misional con solfeo, existe una escuela misional de música renacentista barroca por la que han pasado dos mil integrantes de ese pueblo. Te imaginarás lo que significa vivir en un pueblo en el que se escucha música clásica de violines, todos los días, a todas las horas.

Pero no solamente eso, hay otro pueblo mágico, Santa Ana de Velasco, que durante trescientos años el cabildo del pueblo guardó celosamente dos cofres, dos cachas, que tenían cada uno de ellos dos candados especiales de aquella época. No se sabía que contenían esas cachas, pero celosamente a la muerte o al traslado del cacicazgo, se entregaba la llave o una de las llaves en sucesión desde el punto de vista de la autoridad. Luego de trescientos años convinieron en aceptar abrir estas cajas, que las habían mantenido en su valor sólo porque representaba algo que en algún momento había significado para ellos algo importante. Cuando se abrió, nos encontramos con un descubrimiento extraordinario: cuatro mil quinientas partituras de música barroca misional, que habían sido guardadas celosamente por los chiquitanos y son las que hoy sirven en el marco de los festivales de Música Barroca Internacional, mundial. Con esas partituras

podemos recrear aquello que le trajeron los padrecitos que eran parte de la cultura europea de ese momento, pero que ellos la habían hecho suya como parte de una comunicación de manera permanente. En esta riqueza de los territorios, que son los que va recogiendo por todos lados y que enriquecen el diálogo, resulta que en otro pueblo, en San Antonio de Lomerío que se encuentra cerca de Concepción, en la Provincia Ñuflo de Chávez en Santa Cruz, hay un lugar especial en el que se ha desarrollado de manera natural una planta silvestre, que es una especie de la dormidera, el opio; floripondio le decimos acá, y que luego de las lluvias al día siguiente o por dos o tres días, producto de las emanaciones de la humedad produce un “encantamiento”, ésta es la palabra que se utiliza en la zona, para todos los que viven en la zona es una especie de un entrar en éxtasis de manera normal y natural, que lo recogió de una manera extraordinaria Alcides D’Orbigni en uno de sus relatos gráficos, en San José de Chiquitos hay una torre construida por los misioneros que conocemos todos y en una de las gráficas que él reproduce a esta torre de las campanas, le dibuja una ventana con un floral. Esa figura no está en el dato histórico y él era muy preciso en poner todos los detalles. Bueno, cuenta la historia que eso lo dibujó después de haber pasado por este sitio el cual estaba bajo estas emanaciones extraordinarias que le produjeron el encantamiento y la ensoñación que incorporó a una recreación de aquello que él tenía en la memoria.

Aquí, también están los chiquitanos, con la lengua *muncosh*, una de las lenguas que los jesuitas incorporaron o que aprendieron para luego multiplicarla de las veintiséis lenguas que habían en la zona, ellos han desarrollado una mitología en los términos que haz utilizado que es la recreación, la expresión de lo que se siente de lo que se vive, de la manera en la que lo haz interpelado y lo ha recogido Reymi, en esta mitología expresan cuando una la interpreta lo que ocurría en la vida del pueblo chiquitano hasta el veinticinco de febrero de mil quinientos sesenta y uno por la noche. El veintiséis de febrero en esa zona es cuando llegan los españoles, y fundan la ciudad de Santa Cruz de la Sierra en ese momento, y cuando uno interpreta o lee esta mitología encuentra todas las previsiones que el pueblo chiquitano a través de sus formas verbales, de sus expresiones que las investigó Germán Coimbra y que luego las puso en un poema extraordinario, encuentra lo que el pueblo chiquitano vivía hasta el día antes; lo que hemos extrañado de cómo era cómo vivían está expresado y ahí hay una riqueza extraordinaria, porque recrea este pueblo esto que se a repetido a través de William todo el tiempo, de cómo se pueden encontrar a través del diálogo, del respeto al otro y del reconocimiento al otro un crecimiento. En el pueblo chiquitano, en la mitología chiquitana, entre una de las muchas expresiones ex-

traordinarias dicen que las lanzas le servían a ellos además para rasgar el cielo, y el cielo era rasgado todas las mañanas o en la madrugada para que a través del rasgado que se le hacía al cielo ingrese el sol tenuemente y luego se elevara con todas sus fuerzas, y dice que en una oportunidad que durante muchas lunas no había llovido, el cielo fue rasgado tan profundo que se vació en aguas y con el agua llegó la muerte. Los ríos perdieron su cauce, porque toda la tierra se volvió cauce. Dicen que cuando bajaron las aguas, los abuelos volvieron a conversar con sus pensamientos y se produjo un hecho que es el que se repite en el marco de la mitología como el elemento del pacto, del acuerdo que tienen. Estos poemas, teóricamente han sido recuperados después de tres mil años. El pacto al que se refieren es el de la floración de la orquídea, la especie de la *cattleya nobilior*, que florecerán todas las veces, una luna antes de que lleguen las aguas, como una expresión del símbolo, que nunca más las aguas volverán con muerte y con dolor. Bueno, esta suma de expresiones tan profundamente vitales, tan profundamente enriquecedoras de lo que está pasando, va cruzándose con una sabiduría popular extraordinaria.

En San Ignacio de Velasco hay una comunidad que se llama Sañonama, sañonama en chiquitano quiere decir señorita, es una apelación a la Virgen, hay una creencia de que en la zona se ha presentado la Virgen y que ellos no la hacen público para que la gente no vaya y les perjudique la relación con la Virgen, lo mantienen en reserva, lo mantienen en cuidado. Bueno, en este pueblo chiquitano de Sañonama han incorporado a las formas de medición de nuestro país, una nueva forma que es el "meneón", las frutas se venden por "meneón", de acuerdo al tamaño de los hijos, cuando alguien va a comprar, es el "meneón grande" es decir el hijo grande que puede menear el árbol, entonces es más caro, luego sigue el "meneón mediano" y así, y cuando uno va y compra naranjas y va y compra ésa es la forma de la medición. Se la venden por "meneón", en esto de lo real, maravilloso, extraordinario.

En el pueblo de San Javier, otro de los pueblos misionales, que queda en la zona, hay un cerro que queda en el lado sur, el cerro Muchurú, ellos dicen que cuando se sube al cerro Muchurú y llega el sur llega el viento de sur, el viento es tan fuerte que dobla, ellos dicen que tuerce la luz de la linterna el que se para en el cerro y se pone frente al viento, el viento es tan fuerte que la luz de la linterna que alumbra es doblada por la fuerza de viento. Toda esta recreación tan extraordinaria tiene en esta zona personajes como Andrés Ibáñez que recreó la Revolución igualitaria de las ideas revolucionarias de Proudhon en un sitio en el que era imposible suponer que si no hubiera sido aprendido de esa manera se hubiera generado la creación de una idea extraordinaria, que habría

que sumarla a la lucha de los pueblos de América por su liberación y está un último descubrimiento en ésta lógica extraordinaria de los desencantamientos, de cómo la misión de los Santos Desposorios de Buena Vista vivió uno de los amanuenses de Bolívar que guardó las cartas de amor con Manuela Sáenz, del tiempo que vivió Manuela Sáenz en Bolivia: ocho meses de diciembre del año veinticinco hasta agosto del año veintiséis, y que recupera un mensaje de amor de creación de esta república en los marcos de un proceso de independencia, que debiéramos reconocerlos y valorarlos en esos términos, además de nuestra reconciliación con la Pachamama.

Cómo lograremos cruzar un elemento en el marco del mestizaje, de un sistema coloniaje que para muchos de nuestros pueblos la idea de la independencia no fue sino el cambio de apellidos o el cambio del nacimiento de quienes ejercían el poder, sin considerar a quienes estaban físicamente viviendo ya en esos lugares, a estos otros que son el producto de este mestizaje, son el producto de esta recreación extraordinaria de la vida y que nos puede ayudar evidentemente a entender que luego de este periodo tan profundamente rico que estamos viviendo en Bolivia de aprender a reconocer al otro. Algo que durante tanto tiempo no fue así, llegará el momento en el cual nos reconciliaremos con nuestro mestizaje y le haremos el respeto a la palabra, a la historia, a la creación, a la magia, en los términos que nos regala William Ospina hoy día, en los términos de entender las claves de que por mágica son diferentes y por eso no lo podemos explicar. De verdad muchísimas gracias.

Gabriel Baracat(*)

Hace un tiempo atrás, cuando conocí a William Ospina, en una conferencia que nos dio, él pronunció una serie de frases que las registré en mi memoria. Una de ellas decía que lo importante no era el color sino los matices. Y en ese momento se me ocurrió la idea de traerlo por acá y quiso la coincidencia que cuando hablaba con William sobre Bolivia, él me dijo tenía un viejo y querido amigo Guido Riveros. Después de ese diálogo me junté con Guido y comentamos acerca de que en Bolivia estábamos discutiendo los colores, entonces dijimos traigamos a William que nos ayude a reflexionar y a entender algo más que los colores, los matices.

También ese mismo día de la ya citada conferencia William dijo una frase que me encantó: “el bosque no vale, si es que el árbol vale menos”, y eso es lo que también estaba pasando en este país, había árboles que no estaban siendo valorizados, y por lo tanto todo el bosque valía menos. De esa manera fue que aprovechando una gira de William por algunas capitales y ciudades de América Latina, presentado su último libro “El país de la Canela”, lo secuestramos y le robamos dos días para que venga a La Paz a una pequeña charla, como también a Santa Cruz. La idea es que él retorne mañana en la noche, pero le prometimos una visita a San Javier, ojalá que nos de el tiempo para ver si el viento dobla la luz de las linternas, para que pueda conocer también esas zonas mágicas que tiene este país.

A tiempo de agradecerle William, por este tiempo maravilloso que nos has regalado, por este momento en el debate en el que queremos volver a discutir los matices, ya no queremos los colores ya no queremos el blanco o el negro, y queremos agregar la palabra ahí en el lenguaje de los bolivianos, la palabra tan fundamental y que la necesitamos ya no es el “o” queremos agregar el “y” en nuestro lenguaje, en ese rico lenguaje castellano, queremos agradecerle infinitamente haberte dado ese tiempo en tu gira. Esperamos volverte a tener. Gracias al Observatorio Político Nacional, a la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, gracias a la Fundación Boliviana para Democracia Multipartidaria. Gracias a Carlos Hugo Molina, gracias a Reymi Ferreira, y sobre todo gracias a ustedes de haber compartido estas horas con nosotros. Muy amables, gracias.

(*) Director de Fundación Avina

MESTIZAJE E INTERCULTURALIDAD

William Ospina(*)

Yo crecí sintiéndome europeo. La sociedad colombiana es muy entusiasta de su tradición latina, de su tradición europea, existe un culto hacia lo europeo muy alto y yo era parte de esa tradición.

Para darles un ejemplo, entre muchos, del respeto que tiene Colombia por Europa menciono el nombre de la persona que redactó la Constitución colombiana de 1886: Antonio Caro. Caro era un latinista al que le gustaba hablar más en latín que en castellano.

Ese era mi contexto. Fue entonces, cuando yo tenía 24 años, que viajé a Europa. Lo primero que comprendí cuando estuve en Europa es que... no era europeo. En el viejo continente, si un extranjero no comprende que no es europeo, la gente te lo hace comprender. De muchas maneras distintas le recuerdan a uno que sus costumbres, que su manera de mirar el mundo, que su manera de accionar en la vida es distinta. Ese elemento implica un aprendizaje muy importante. Yo diría que a veces, como ocurre en cierto cuento de la 'Divina noche', hay que viajar por el mundo para descubrir lo que tiene uno en el patio de su propia casa y que los viajes nos enseñan no solamente a ver lo extranjero sino a vernos a nosotros mismos. Lo cierto es que después de un par de años en Francia, en donde entablé una relación muy rica con la literatura francesa, que siempre me había interesado, volví a Colombia y empecé a sentir una curiosidad nueva por el mundo en el que había pasado mi infancia y mi juventud y que me había despertado antes de ese momento muy pocas preguntas y muy poca curiosidad.

Después de volver de Francia recién me interesé por la naturaleza, me sorprendía y maravillaba, recién entonces, de encontrar una vegetación tan distinta

(*) Transcripción textual de la conferencia dictada por William Ospina en el auditorio de la Fundación Boliviana de Democracia Multipartidaria, La Paz, Bolivia, octubre 2008. Cuidado de la edición: Raúl Peñaranda U.

de la que había visto en Europa y me sorprendía encontrar en Colombia elementos que no formaban parte del mundo en el que yo había pasado mi infancia. Me sentía como si yo hubiera crecido en una realidad física, en mi país, pero viviendo otra realidad espiritual, fuera de él. Cuando volví de Europa recién empecé a valorar y a conocer a mi país.

Entonces me pareció necesario establecer un diálogo entre mi formación literaria, mi memoria cultural y el “nuevo mundo” en el que estaba.

Empecé a sentir por ejemplo una necesidad muy grande de conocer los nombres de los árboles de mi país. Esa era una ardua tarea en una de las regiones del mundo donde hay tanta variedad de árboles. Si uno viaja de París a Burdeos no son muchas las variedades de árboles que ve. Pueden ser muchos en cantidad, pero de especies que no varían mucho. Pero si uno viaja entre Bogotá y Cali no acaba uno nunca de saber cómo se llaman los árboles. Además, en ese viaje, no sólo cambia la vegetación sino que también cambia el clima, cambia la topografía, cambia la gente. En ese entonces empecé a sentir una fascinación por esta diversidad nueva en un país que yo creía conocer muy bien, que era el mío, pero del cual conocía poco.

Después de eso, con el paso de los años, llegó la famosa celebración del Quinto Centenario del descubrimiento y de la Conquista de América. Cuando se celebró el Quinto Centenario se acuñó oficialmente en nuestros países la frase, ‘el encuentro de dos mundos’. Ese era un eufemismo para evitar nombrar por su nombre verdadero lo que fue la conquista, que fue muy compleja. Uno de los resultados de ese proceso fue verdaderamente atroz, verdaderamente bárbaro, bajo la forma de una conquista brutal. Pero obviamente otros resultados del proceso fueron menos brutales.

Yo recuerdo que hacia 1991, cuando estábamos en vísperas de la celebración del Quinto Centenario, a mi me nada me interesaba más que contrariar la idea de que América tenía 500 años. Yo argumentaba que en un planeta tan antiguo, tan lleno de civilizaciones y tradiciones, donde existe la China, donde existió Mesopotamia, donde existe Egipto, donde Europa tiene ciudades de mil, mil quinientos años, la idea de que nosotros tenemos 500 años me parecía que nos daba una cierta fantasmadad indebida.

Ese año escribí el libro “El país del tiempo”, que se proponía interrogar a seres humanos conjeturales que vivieron en América mucho antes del descubrimiento y después del descubrimiento.

Yo quería escuchar las voces de seres que vivieron en América en los últimos 30.000 años y sentí que esas voces podían tener algo que decirnos. Escribir el libro fue una idea que me nació de un poema que escribí un día sobre el primer mongol. Un día se me ocurrió pensar qué sintió el primer hombre que pisó el territorio americano, alguno tuvo que ser, porque aunque todavía hay algunos debates sobre eso, lo más probable es que la especie humana haya llegado a América y no haya nacido en América. Por lo tanto, todos llegamos aquí, unos más temprano que otros, y eso es muy interesante, apasionante.

Yo no puedo entender a América, al Continente americano, sino como esa casa hospitalaria que ha recibido tantas visitas y en donde todos los que han llegado, si no pueden ser llamados nativos pueden cuando menos ser llamados originales.

Entonces yo me propuse escribir el libro "El país del tiempo" a raíz de ese poema que escribí sobre el primer Mongol, el primer hombre que pisó suelo americano, preguntándome qué habrán sentido esos hombres que cruzando las estepas de Asia y las llanuras de hielo, un día descubrieron que estaban en otro mundo y que no había regreso posible. Me pregunté cómo empezaron a formar este mundo edénico que debía ser América una vez que salieron de la región de los hielos e ingresaron en la región de los bosques, de los lagos, de las montañas y de todo eso que ha conformado la apasionante historia de este Continente a lo largo de por lo menos 30.000 años. Escribí ese libro y yo no sabía que al hacerlo me estaba embarcando en un camino del que yo no podía escapar.

Este es el poema El Mongol

Nunca supimos cuándo la desesperante blancura se
Había convertido en otro imperio.
El idioma del lobo era el mismo, y no le repugnó nuestra
carne;
Pero todo hombre sabe que a través de cada nuevo pinar
es Otro el que envía sus rayos.
Que son las angustias de la tierra las que determinan
los nombres del cielo.
¿Descubridor de un mundo? Un fugitivo perseguido
por las uñas del viento,
amorado por el odio del sol, escribiendo blancas
palabras en el aire translúcido,

luchando sólo por evitar que la blanda tierra bajo mis pies
se enardeciera en tumba.
Muerte es el nombre azul del amanecer, allá donde
los días flotan con muros de cuarzo,
muerte es el nombre de los dientes amarillos del lobo,
muerte es el nombre de la luna salpicada de escarcha
y de sangre
cuando el guerrero cae a medianoche sobre la sorda estepa.
Hasta el amor cerca del fuego tenía un olor de frescas
entrañas de morsa,
y el niño recién nacido bajo el cielo de pieles tenía olor
de pez,
y en la tarde teñida de salmones veíamos aparecer
los miles de ojos de coyotes del cielo.

Por esa misma época una entidad me pidió que escribiera algunos capítulos de la historia de la poesía colombiana y que investigara específicamente las características de la poesía en los tiempos de la conquista. Para mí no existía tal cosa yo estaba seguro de que no había habido poesía en la Colonia. Pero investigué. Y descubrí un poema en la Selección de Valores Ilustres de Indias, escrito por Juan de Castellanos. Descubrí también que los críticos contemporáneos de Castellanos señalaban que éste no tenía el velo poético que se esperaba de poetas de ese tiempo.

Pero cuando llegué a leer la obra de Castellanos sentí un estremecimiento. Muchas preguntas que yo tenía sobre el origen de las naciones nuestras, de Colombia en particular, tenían sus respuestas allí. Yo siempre había propuesto que la poesía ha sido el testimonio de las grandes eras históricas y que la poesía es lo que instaura las realidades en el lenguaje. Por eso me preguntaba por qué una época tan llena de cosas tan maravillosas, tan terrible, tan desmesurada como fue la conquista de América, no había dejado huellas en la poesía. ¿Por qué aquellos hechos, aquellas crueldades, aquellos horrores, aquellas abnegaciones, aquellos heroísmos no habían dejado huella en literatura? Lo había hecho. Por lo menos Juan de Castellanos lo había hecho. En sus poemas está contado todo eso y está efectuado con una minuciosidad casi aterradora.

El poema de Castellanos mencionado es el más extenso de la lengua española y en su tiempo no fue muy apreciado. En mi investigación me pregunté por qué una obra tan apasionante, que uno, al leerla, lo transportaba como a la visión de una película.

Me pregunté entonces por qué una obra tan apasionante, que lo transportaba a un mundo apasionante e irreal, como la forma de los colmillos del caimán presos en el flanco de la canoa, como la historia de un hombre que muerto de hambre en los bosques tuvo que tragarse un sapo, como la forma que tenían los choques entre estos dos mundos, etc., no había sido valorada en su tiempo. ¿Era quizás porque había sido muy severo y muy crítico con las tropelías y los atropellos que estaban cometiendo los aventureros que llegaron aquí en los primeros tiempos?

Repasemos algunos versos de Castellanos:

Y así fue que los hombres que vinieron
en los primeros años fueron tales
que sin refrenamiento consumieron
innumerables indios naturales,
tan grande fue la prisa que les dieron
en uso de labranzas y metales
y eran tan excesivos los tormentos
que se mataban ellos por momentos.
Lamentan los más duros corazones
en islas tan ad plenum abastadas
de ver que de millones de millones
ya no se vean rastros ni pisadas
y que tan extendidas poblaciones
estén todas vencidas y asoladas
y de ellas no quedar hombre viviente
que como cosa propia lo lamente.
Nosotros los baquianos que vivimos,
todas aquestas cosas contemplamos
y recordándolos de lo que vimos
y como nada queda que veamos
con gran dolor lloramos y gemimos,
con gran dolor gemimos y lloramos.

Me parece que es otra la razón de por qué los críticos de su época no valoraron a Castellanos. Veamos: la lengua española que llegó a América en el siglo XVI había nacido muy lejos de este mundo. La primera reflexión que tengo es que la lengua castellana enmudecía ante América pese a que era una lengua madura, una lengua varias veces centenaria que había desarrollado ya una buena literatura. Pero esa lengua no pertenecía aquí, enmudecía ante América porque

no tenía palabras para nombrar nada de lo que era específicamente americano: ni los árboles ni los pájaros ni los climas ni los pueblos originarios ni sus costumbres ni su color nativo ni su silueta ni sus mitos.

Era una lengua llena de arrogancia, llena de autosuficiencia, que se sentía hija ilustre del latín y del griego y capaz de nombrarlo todo, y sin embargo se encontraba con un mundo de exuberancia al que no podía describir; basta recordar que Europa debe tener unas 10.000 variedades de plantas y la zona de esta región de América tiene más de 100.000 variedades de plantas.

Castellanos quería contar todo lo que pasaba, quería contar todo lo que veía y no sólo las aventuras de los varones ilustres. El seguramente hubiera querido contar la historia de esos guerreros españoles que llegaron aquí, pero América no se lo permitió, el continente americano exigió su lugar en ese relato. Entonces Juan de Castellanos quería hacer retratos a manera del Renacimiento, donde la figura, el personaje, estaba en el centro del cuadro y la naturaleza estaba al fondo, como un decorado casi. Pero, Juan del Castellanos no pudo cumplir con ese sueño leonardesco de hacer un retrato escrito de ese tipo porque la naturaleza americana se abrió camino y fue enmarañándolo todo. Es por eso que el poema se llenó de árboles, de caimanes, de tigres, de ríos, de eso que llamaba el poeta mexicano López Velarde “el relámpago verde de los loros”, esa exuberancia de la vegetación, esa exuberancia de la naturaleza, esa defensa, era riqueza, esa complejidad de los pueblos indígenas y de sus mitologías. Todo eso fue aflorando en la lengua.

Pero la principal dificultad de Castellanos era cómo hacer que ese idioma que él había traído pudiera nombrar todas esas cosas. Es cuando Castellanos cometió un pecado que no le perdonaron jamás los grandes críticos literarios de su tiempo, tomó palabras de la lengua indígena del Caribe y de Los Andes colombianos para nombrar todo aquello que no tenía nombre en español. El fue armando un poema que se fue poblando de huracanes, de canoas, de caimanes, de guanábanas, de iguanas, de tiburones, de todas esas palabras indígenas que la lengua española no conocía. Entonces, como buen representante del Renacimiento que era, y por la curiosidad que tenía, fue modificando la lengua que había recibido de sus padres.

Yo propongo que algo que explica que la lengua castellana haya arraigado en América es su adopción de vocablos americanos. No bastaba una conquista militar para que la cultura arraigue en un territorio. Alejandro no helenizó ni Persia ni la India, a pesar de que fue el guerrero más poderoso de su tiempo.

Inglaterra no europerizó ni China ni India. África tampoco pudo ser europeizada.

Pero que todos quienes tienen como antecedente americano hayan recibido esa lengua, el hecho que ella haya permanecido, exige una explicación más allá de la mera invasión militar, creo que lo que ha hecho que la lengua castellana sobreviva en América, y gradualmente llegue a ser una lengua americana, una de las lenguas americanas, una lengua americana importante, es el esfuerzo de muchas generaciones humanas por transformar esa lengua y luego convertirla en una lengua americana.

Pero a finales del siglo XIX ocurrió un hecho asombroso y digno de mención: la lengua española, que después de la decadencia del imperio español había estado casi muerta como una lengua de creación en España, en momentos en que las otras lenguas de Europa estaban en una fase de gran creatividad, resurgió gracias a América.

Sí, gracias a América, a finales del siglo XIX, la lengua castellana renació. Renació con una generación de autores que en todo el Continente surgieron simultáneamente: José Martí en Cuba, Manuel Gutiérrez Nájera en México, José Asunción Silva en Colombia, Pérez Bonalde en Venezuela, José María Eguren en Perú, Jaimes Freire en Bolivia, Leopoldo Lugones en Argentina.

De repente se dio una creatividad y una inusitada efervescencia, porque esa lengua que estaba renaciendo en América era ya una lengua transformada, llena de músicas nuevas, de ritmos nuevos, de temas nuevos, de una vivacidad, de una energía que no era precisamente lo que caracterizaba a la lengua de España. Las lenguas indígenas americanas son las que la habían enriquecido, ese diálogo se había dado a despecho de las autoridades que nunca permitieron que las lenguas indígenas mantuvieran una relación fluida con la lengua oficial. Eso, sin embargo, se había dado en la vida cotidiana, en los mercados, en los oficios, en las tradiciones, en los hogares. Entonces se dio ese florecimiento de la lengua, que fue el florecimiento de la cultura latinoamericana.

Permítanme mencionar otro fenómeno especialmente significativo, el caso del indio nicaragüense Rubén Darío. Este llevó a esa lengua a esplendores que nunca había tenido.

Cuando Rubén Darío empezó a escribir poemas, los españoles no entendían cómo era posible que la lengua española sonara tan bellamente, tan armonio-

samente, con tanta riqueza, con tanta gracia, con tanta elocuencia, con tanta capacidad de ironía, de travesura, de modernidad.

Y Rubén Darío llegó a España, a una sociedad que en ese instante tenía mucha dificultad para recibir lo distinto, para recibir lo americano; pero los seis meses, Rubén Darío ya había influenciado el ambiente cultural de una manera trascendental.

Y España hizo esa venia, España reconoció que una savia nueva recorría su lengua, que unos vientos nuevos estaban llegando del otro lado del mar y que la lengua estaba siendo modificada, estaba siendo enriquecida por esos procesos.

Fue así como estos modernistas latinoamericanos sentaron las bases para lo que ha sido el esplendor, no solamente de la lengua castellana, yo diría que de la cultura hispanoamericana en general.

Es bueno recordar que hace un siglo nuestros países vivían lejos de la historia universal. Yo nací en un país que sentía, a mediados del Siglo XX, que la historia estaba lejos, que la cultura estaba lejos, en parte porque persistían modelos coloniales muy estrechos. La gente también sentía que la belleza estaba lejos, que la cultura en ese tiempo estaba lejos, parecía que la historia estaba en otra parte.

Los últimos 50 años han modificado mucho nuestro Continente, sobre todo han modificado la conciencia que tenemos de nosotros mismos y nos ha enseñado a ver que somos más complejos de lo que nos enseña la tradición. Y es que la complejidad es siempre una riqueza. En esa medida nuestros países son hoy no solo más visibles para el mundo, sino más visibles para sí mismos.

Pensando en América Latina, y fundamentalmente en el caso de Colombia, que es un país con el que me siento más familiarizado, se puede decir que tenía un velo ante los ojos. Yo creo que es verdad lo que decía Germán Arciniegas, ese ensayista colombiano, respecto a lo que llamaron el “descubrimiento” de América en realidad habría que llamarlo el “cubrimiento” de América, porque cuando llega España no llega a descubrir sino a cubrir, a rapar. Llega a cubrir con su lengua las lenguas americanas, a cubrir con su religión las religiones que había en América, a cubrir con su memoria y tradición las memorias que había en América, incluso a cubrir la mirada de la naturaleza; había que sembrar aquí rápidamente los limeros, los olivares y los cipreses para que le dieran a este mundo la apariencia de ser un mundo ilustre europeo.

Lo que hemos ido descubriendo es una gran aventura: que América es el último rincón del mundo donde queda la naturaleza en sentido original, una naturaleza exuberante que es una promesa para el futuro, que es algo que todos tenemos que saludar y que nadie, como los pueblos indígenas americanos, supo proteger.

Estamos en un momento apasionante de la modernidad. Porque al lado de las grandes conquistas de la ciencia, de la tecnología, al lado de los grandes avances que ha obtenido el racionalismo, el triunfo de la razón en Occidente - y en Oriente también-. Déjeme hacer un paréntesis. Oriente y Occidente se están encontrando, como dicen algunos no sabemos si Japón está en el extremo Oriente o en el extremo Occidente; de China en algún momento se dirá lo mismo.

Vuelvo al tema. Las fuerzas productivas, las fuerzas transformadoras que la sociedad europea descubrió y que expandió por el mundo han logrado una revolución espasmosa en el campo de las comunicaciones, del transporte, del confort, por lo menos lo ha alcanzado como promesa así no alcance sino a un sector minoritario hoy.

Pero al mismo tiempo, todos somos conscientes que al lado de todos esos progresos de matriz occidental han surgido con la misma intensidad los grandes peligros del mundo occidental, de la razón occidental, del racionalismo, del industrialismo. Porque convertir a la naturaleza solo en una bodega de recursos más la pérdida del sentido sagrado de la naturaleza, la pérdida del sentido de armonía del mundo humano con el mundo natural, es algo negativo, que ya tiene consecuencias.

Entonces, descubrimos que todas esas virtudes de Occidente no son solo virtudes. Existen quienes sospechan, o temen, que la frase que pronunció Nietzsche a fines del siglo XIX sea verdadera, cuando viendo las grandes virtudes, las grandes conquistas, los grandes avances del espíritu europeo, el filósofo le gritó a Europa: "perecerás por tus virtudes". O sea que no es solamente la promesa de un mundo feliz, como lo han ironizado algunos autores de ciencia ficción, sino también un peligro, el peligro de la supremacía del espíritu sobre la materia, el peligro de la supremacía de la arrogancia humana sobre el universo natural.

Este es un momento de la historia tan apasionante, tan interesante, en el que tenemos, como dijo Barack Obama en su discurso de la victoria electoral, "un planeta en peligro". Es verdad que tenemos un planeta en peligro y es verdad que muchos de los saberes de Occidente no bastan para conjurar los peligros y las amenazas de la modernidad. Por eso es que volver nuestros ojos sobre la

memoria histórica es volver los ojos sobre otras culturas y otras tradiciones distintas de la tradición occidental y ello es ahora una necesidad.

Hace 50 años dar esa mirada podía ser una necesidad de antropólogos pero hoy es una necesidad humana porque la mayor parte de las culturas del mundo fueron culturas capaces de conservar la naturaleza, de dialogar con ella, de construir mitos, estéticos, maravillosos, de armonía con la naturaleza.

La sociedad europea, la sociedad occidental, la que tantas conquistas ha logrado y que tantas virtudes tiene, ha sido la menos respetuosa de la naturaleza, a tal punto que tenemos un planeta en peligro. Y esas no son palabras pequeñas, son palabras gravísimas. Que una sola especie haya llegado a poner en peligro el planeta entero, es algo que nos hará reflexionar mucho por las décadas que siguen.

Esas décadas que siguen tienen que saber que no nos basta con el saber occidental, que no nos basta con lo que la ciencia sabe, que no nos basta con lo que la tecnología transforma, que no nos basta con lo que la industria provee; que tiene que surgir una espiritualidad nueva, una mirada nueva y que como nada surge de la nada ese diálogo con otros y con otras tradiciones es cada vez más necesario y cada vez más importante.

En ese contexto sitúo yo buena parte de lo que pasa hoy en América Latina, a veces con una conciencia plena de lo que hacemos, a veces solo por intuiciones y por presentimientos. Estamos descubriendo aquí, donde se mezclaron los mundos, donde convergió el mundo americano con el mundo europeo y africano, que estamos más cerca de dialogar con las tradiciones, mucho más cerca por ejemplo que un mundo como el europeo donde recién comienza ese proceso de diálogo que aquí vivimos desde hace siglos.

Los pueblos europeos hasta hace poco creían tener clara su identidad: un español sabía qué era ser español, un francés por supuesto sabía qué era ser francés y un alemán sabía qué era ser alemán; pero ahora un viento de incertidumbre recorre Europa, porque Alemania está llena de turcos, porque Francia se ha llenado de africanos y de caribeños, porque Inglaterra está llena de hindúes y de gentes del Caribe, y porque España está llena de latinoamericanos.

Hago nuevamente un paréntesis: hemos llegado a una situación curiosa, de esas paradojas que produce la historia. Antiguamente, la tradición latina era la tradición romana, clásica, los latinos eran los romanos; con el paso del tiempo

los latinos eran los pueblos romances surgidos de las mezclas de Roma con los íberos en España, con los galos en Francia, con los eslavos en Rumania. Así surgieron esas lenguas romances, las lenguas latinas. En este segundo momento los latinos eran los hijos de Roma en Europa. Pero ahora, de repente, cosa que no me parece malo, pero sí una paradoja, en España los latinos son los descendientes de Atahuallpa y de Moctezuma. Estos pueblos americanos donde se dieron todas esas mezclas de lo europeo con lo americano se han ido convirtiendo en los latinos. Algunos usan ahora la palabra latino de una manera peyorativa como para descalificar, pero algo de significado profundo tiene el que los latinos, ese nombre que alude a civilizaciones ilustres de la antigüedad europea, sean ahora los hijos de América, de los mestizajes, de los sincretismos de América.

EL ORGULLO DEL MESTIZAJE

William Ospina

Columna en el Espectador

Hace poco, En una de esas academias de no sé qué, que abundan en nuestro país, oí a un viejo jurista decir que somos indudablemente españoles. Recordé entonces una frase de Borges, quien, al ser tratado de hispano en alguno de sus viajes contestó: “Lo siento, yo no soy español, yo, hace ciento cincuenta años tomé la decisión de dejar de ser español”.

Como la Constitución que gobernó a Colombia durante cuatro generaciones fue redactada por Miguel Antonio Caro, un gramático al que sólo le gustaba hablar en latín, y que, sin salir nunca de la Sabana de Bogotá, gobernaba estos trópicos como si estuviera en el Imperio Romano, muchos aquí crecieron con la idea de pertenecer sólo a la tradición occidental: la Colombia de la Constitución de 1886, a la que anhela tanto volver este gobierno, regía un país en el que no había indios, ni negros, ni selvas, ni caimanes, ni anacondas, ni jaguares, ni samanes ni ceibas ni guamos ni guásimos, sino racimos de uvas, lobos que hablaban en los bosques con las niñas, cipreses, primaveras, otoños, e innumerables ruiseñores. Un país inventado en la Sabana, un país de blancos, católicos, liberales, donde se celebraba el día de la raza, que no era la india ni la negra, el día del idioma, que no era el sikwani ni el tunebo, un país de muebles vieneses, de humor británico, o como diría León de Greiff, de “chismes, catolicismo, y una total inopia en los cerebros”.

Lo bueno que tiene para nosotros ir a Europa es el comprender que no somos europeos, porque si tardamos en descubrirlo, los franceses, los españoles o los alemanes se encargarán de recordárnoslo. Volvemos entonces a América a descubrir de verdad quiénes somos, y empezamos a encontrar un sentido para la palabra mestizaje.

Hay quienes piensan que nuestra Independencia de hace dos siglos fue simplemente una rebelión de españoles contra españoles, que los de aquí expulsaron a los de allá, pero que todo se limitó a una suerte de guerra civil entre dos maneras de ser español. Yo creo que lo que ocurrió fue mucho más complejo.

Sin que importe el color de la piel, los nacidos en América somos algo más que españoles, participamos de un mestizaje que puede ser racial pero que es sobre todo cultural, el sentimiento de pertenencia a un mundo distinto, en gran medida todavía desconocido, la certeza de no poder reclamarnos de ninguna pureza racial, idiomática o cultural.

La lengua que hablamos no es la que llegó de Europa, está llena ahora de matices distintos, tiene otro modo de nombrar las cosas, otra manera de pensar, otra respiración y otro ritmo. La religión católica está entre nosotros llena de sincretismos, de fusiones de la divinidad europea con entidades y símbolos de la naturaleza americana, llena de animismo, de santería, de ritos africanos. Y basta ver nuestra literatura para entender que Pedro Páramo, Cien años de soledad o El Aleph de Borges no habrían podido escribirse en España.

Un día le oí decir a un español que hemos exagerado mucho las diferencias, y también la importancia de los hechos de la Independencia: según él aquellos combates ni siquiera merecían el nombre de batallas, tal vez, me imagino, porque no tenían suficientes muertos para que pudieran serlo en el sentido europeo del término. Y yo me decía mientras tanto: “¿Este hombre no se dará cuenta de que cuanto más disminuya la magnitud de los combates más vergonzosa hace la enormidad de las derrotas?”. Ser derrotado en una batalla gigantesca puede dejarle a uno su tamaño de paladín, pero ser derrotado en una escaramuza lo convierte en un combatiente irrisorio.

De todos modos yo creo que es hermoso que una tierra que se conquistó con tanta sangre se haya liberado, comparativamente, con tan poca, aunque los cultores de la sangre y de la dialéctica de las bajas, que también extasía a este gobierno nuestro, nos exijan que para que nuestras victorias sean dignas tienen que mostrar millares de muertos.

Pero lo más importante es el mestizaje. En el Bicentenario que se acerca no dejarán de aparecer los que se empeñen en creer que la independencia fue un error porque somos españoles y hemos debido seguir siéndolo. Y surgirá, también, o ya ha surgido, la idea de que no somos españoles en absoluto sino sólo indígenas americanos y que hasta hablar español es un error. Ambas posiciones se empeñan en negar el mestizaje, que es lo que más ampliamente somos en el continente.

Es tarde para salir a decirle a Colón que no desembarque; las religiones cristianas, la lengua castellana, las instituciones republicanas debidas a la Revolución Francesa, son ya parte irrenunciable de nuestro ser, pero la memoria indí-

gena, las tradiciones, los mitos y los conocimientos de las culturas milenarias de América también nos pertenecen y tienen que ser interrogadas, asumidas y defendidas por nuestra cultura continental. Tan grave error es negar lo español como negar lo indígena y lo africano, lo mismo que el aporte de tantos generosos y creativos inmigrantes que llegaron después. Lo nuestro es el Aleph de la modernidad, en el que todas las tradiciones caben, y no tenemos derecho a renunciar a una sola tradición, ni a irrespetar ninguno de los elementos sagrados de la cultura.

Por eso es tan grave que se siga pisoteando a los indígenas en nuestro suelo, y se les siga negando su originalidad, su importancia como ciudadanos y su primado como protectores de una parte esencial de nuestra memoria. Pero necesitamos algo más amplio que el indigenismo: el deber de respetarnos en nuestra integridad, de reconocernos plenamente, y de darle un lugar a cada elemento de lo que somos en el diseño de nuestro presente.

LO ORIGINARIO DE AMÉRICA

William Ospina(*)

Si algo caracteriza a esta región del continente es su extraordinaria diversidad. Hijos de un pasado histórico compartido, los pueblos habitan regiones tan radicalmente distintas, que es fácil entender al mirarlos por qué, a pesar de su comunidad cultural, han terminado teniendo una tal riqueza de estilos.

Nada relacionaría a Chile esa línea de crestas montañosas y playas frías con la extensa y tropical Venezuela, con sus tepuyes vertiginosos y sus formaciones de roca antiquísima. Nada relacionaría al Brasil de la selva y del río, costado verde del Atlántico, con el seco altiplano de México, que se borra de luz en los desiertos del norte. Nada relacionaría a Cuba o Puerto Rico, cumbres de montañas rodeadas de agua, con Bolivia, una mole de agua rodeada de montañas.

Europa es un continente mucho más homogéneo, no sólo por estar todo extendido en el mapa en línea horizontal al norte del Trópico de Cáncer, por esa latitud que comparte con Canadá y con los Estados Unidos y que los unifica en un mismo régimen de climas, sino porque no hay en su territorio los grandes contrastes geográficos que abundan en el nuestro. No concebimos en Europa una selva verdadera, una cordillera tan vertiginosa como los Andes, unas praderas como los llanos colombo-venezolanos o como la Pampa argentina, y apenas sí podemos decir que el Mar Mediterráneo configura como el Mar Caribe un micromundo.

Fue el poeta Auden quien dijo que una de las principales diferencias que existen entre Europa y América, es que en Europa, por perdido que alguien se encuentre, está a menos de una hora de algún lugar poblado, mientras que todo americano ha visto con sus ojos comarcas prácticamente intocadas por la historia.

(*) Este texto ha sido tomado del Libro "América Mestiza"

Ese contraste de magnitudes lo vivieron con especial perplejidad algunos hombres del siglo XVI, y sobre todo los cronistas de Indias, que advirtieron temprano cuán enorme era el mundo recién encontrado frente al continente del que procedían. Hay quien se anima a pensar que en rigor Europa ni siquiera es, en términos geográficos, un continente, y Paul Valery la ha llamado, con delicada ironía, esa península que el continente asiático avanza hacia el Atlántico.

América ha vivido varios descubrimientos y esos descubrimientos a veces han sido posteriores a las conquistas. Parece formar parte de su destino esa rutina de descubrimientos y conquistas, pero es tal la enormidad del territorio y la complejidad de sus culturas que a veces sentimos que nunca acabarán de descubrirse. Hace cinco siglos empezó a hablarse del Nuevo Mundo, pero todavía hoy sentimos que nuestra América está a punto de ser descubierta, cada día nos sorprende con alguna revelación, y ya veremos que curiosamente no sólo terminan siendo desconocidos su naturaleza y su futuro, sino que su propio pasado deja de ser perceptible, para seguir actuando poderosamente en la sombra.

Hasta hace cinco siglos no sólo la luna tenía una cara oculta, también la tierra se escondía a sí misma, y dos mitades suyas habían discurrido por milenios sin el menor contacto. Ello había permitido el desarrollo de civilizaciones totalmente autónomas, dueñas de su propia lógica y de su propio ritmo, y por eso pudo haber sido tan enriquecedor para el mundo el encuentro de las culturas. Pero ese encuentro se convirtió en un choque, porque desafortunadamente la Europa que encontró a América venía de una edad de barbarie. Los soldados de Carlos V eran una prolongación de los cruzados que durante siglos habían asediado a los árabes en el Asia Menor, estaban poseídos por la dogmática convicción de que su cultura era la única legítima, y esto hizo que los primeros tiempos de la dominación europea en América fueran espeluznantes, como bien lo testimonian las alarmas de Bartolomé de Las Casas y las octavas reales de Juan de Castellanos, el gran poeta de la Conquista y el más abarcador de los cronistas de Indias del siglo XVI. Debido a la lógica que caracteriza los colonialismos, los americanos nos hemos acostumbrado a ver aparecer nuestro continente en el horizonte de la historia desde la proa de las carabelas españolas. Ello creó por siglos una distorsión en el conocimiento de este mundo. Los muchos miles de años que precedieron al descubrimiento europeo tienden a ser cubiertos por una niebla impenetrable, descalificados como prehistoria o excluidos como tiempos ajenos a nuestra cultura. Por ello no aprendimos a habitar plenamente en el territorio, a arraigar en sus tradiciones, a ser la continuación serena de ese pasado intemporal. Durante mucho tiempo vivimos como huéspedes que han llegado a poblar una casa anti-

gua, y que ni siquiera se preocupan por explorar las interminables habitaciones, la sucesión de sus habitantes. Una sorda discordia entre la centenaria América occidental y la milenaria América planetaria más de una vez nos hace vivir como si acabáramos de aparecer en el mundo, y hace del nuestro un destino de extrañeza y de vértigo. Valdría la pena mirar la historia, incluso la historia del descubrimiento, no desde el ápice de las naves inventoras de regiones, como las llamó el poeta, sino desde las playas de América, desde la pluralidad de sus culturas nativas y desde la exuberancia de su naturaleza, desde las cronologías de esa otra historia que es también la nuestra y que Hegel no podría entender.

Ello requiere un largo proceso, e incluso se dirá que nosotros, mestizos americanos por la cultura o por la sangre, no podemos pensar el mundo por fuera de los parámetros de la civilización europea. Hasta Borges ha escrito que para los europeos y americanos hay un orden -un solo orden- posible: el que antes llevó el nombre de Roma y que ahora es la cultura de Occidente. Pero es más fácil afirmar eso desde la cultura argentina o la norteamericana, prolongaciones casi plenas de las culturas europeas, que desde el resto de las naciones mestizas y mulatas de América, que se deben a la pluralidad, que llevan en su composición, en su fisonomía, en su memoria y en sus sueños un más complejo laberinto de símbolos, una criptografía más densa. Borges mismo no lo ignoraba, y en su poema a México describió con lucidez y con gran belleza las cosas que le parecían idénticas entre México y su país, las que le parecían eternas, es decir, compartidas, y las que le parecían distintas:

*“Cuántas cosas distintas, una mitología
De sangre que entretujan los hondos dioses muertos,
Los nopales que dan horror a los desiertos
Y el amor de una sombra que es anterior al día”.*

Para comprender a nuestra América es preciso despojarse de dogmas, y asumir, como lo dice con sabiduría un poema de Robert Frost, que quienes habitan una tierra tienen que saber entregarse a ella plenamente:

*“Esta tierra fue nuestra, antes de ser nosotros de esta tierra.
Fue nuestra más de un siglo, antes de convertirnos en su gente. Fue nuestra en Massachusetts, en Virginia, pero éramos colonos de Inglaterra, poseyendo unas cosas que aún no nos poseían, poseídos de aquello que ya no poseíamos. Algo que nos negábamos a dar gastaba nuestra fuerza, hasta entender que ese algo fuimos nosotros mismos que no nos entregábamos al suelo en que vivíamos y desde aquel instante fue nuestra salvación el entregarnos”.*

No ignoramos que ser americanos equivale hoy a ser herederos de todas las tradiciones del planeta, y la América Mestiza es inconcebible inicialmente sin el triple legado del mundo americano, del europeo y del africano, y después sin el legado del resto de las naciones que ha hecho que, por ejemplo, Sao Paulo sea hoy una de las ciudades japonesas más grandes del mundo. Pero a la hora de definir nuestro ordenamiento político, nuestros panoramas culturales y nuestros valores éticos y estéticos, el peso de la Conquista sigue siendo muy grande, e incluso en los países mayoritariamente indígenas como México, Guatemala o Bolivia, y en los países mulatos como Haití o República Dominicana, hay dificultades para sobreponerse al predominio excluyente de la cultura de los conquistadores.

La América Mestiza está hoy separada en numerosos países que deben su conformación por igual a las peculiaridades del territorio y de las naciones, y a los azares de la historia. Esas divisiones, consagradas por la voluntad de sus pobladores y ratificadas por tratados de límites y por constituciones políticas, no siempre fueron provechosas para los pueblos y muchas veces se debieron a fricciones entre las clases dirigentes de las distintas sociedades o al resultado de conflictos puntuales.

En los tiempos prehispánicos hubo grandes imperios y contactos numerosos entre los pueblos de las distintas regiones. La Conquista presencié todavía las hazañas de unos cuantos hombres que sometían provincias enormes y que eran capaces de recorrer el territorio continental con los precarios medios de aquel tiempo y en condiciones de gran adversidad. Los tiempos coloniales fraccionaron esas unidades originales, y la aventura romántica de la Independencia, a pesar de los sueños de unidad de hombres como Simón Bolívar, no logró salvar al continente de esa fragmentación, que persiste hasta hoy. Sin embargo es posible advertir que hay sistemas geográficos que constituyen regiones naturales, a las que es más difícil entender cuando se las fracciona en países, porque son sistemas interdependientes. Tal es el caso de las tres grandes regiones: el mar Caribe y sus orillas, los sistemas montañosos que bordean el Océano Pacífico, el mayor de los cuales es la cordillera de los Andes, y la gigantesca cuenca del Amazonas. Los extremos del norte y del sur forman sistemas geográficos relativamente independientes de estas grandes regiones continentales.

Ahora bien, ese Caribe al que llegaron por azar los navegantes del Renacimiento era el escenario histórico de uno de los más ricos y complejos conglomerados humanos de todos los tiempos. No podían imaginar los marinos de Colón, en sus pequeñas y frágiles barcas, que se estaban acercando a un orbe

cultural tan rico y tan distinto de todo lo que ellos conocían, y la verdad triste es que una vez halladas las islas ya no se permitieron descubrirlo, porque ante cada cultura que encontraron procedieron indiscriminadamente al saqueo y al asalto. Pero si algún viajero hubiera intentado tener inteligencia plena de aquel vasto mundo, el cuadro panorámico que habría podido formarse del Caribe de finales del siglo XV habría sido admirable.

REFLEXIONES FINALES

Homero Carvalho Oliva(*)

Las palabras, elocuentes y hermosas, que nos obsequió William Ospina con motivo del diálogo sobre “Mestizaje e interculturalidad” el pasado 7 de noviembre de 2008, organizado por el Observatorio Político Nacional, la Fundación Boliviana para la Democracia Multipartidaria y Avina, y que ya con anterioridad, en el mes de octubre, lo hizo en la ciudad de La Paz, me hizo revisar un artículo periodístico que había escrito sobre el tema. Así que gracias a la iluminación de las propuestas de Ospina y de los comentarios de Roger Tuero, Reymi Ferreira, Carlos Hugo Molina y Gabriel Baracat, me atrevo a señalar algunas reflexiones sobre este tema abordándolo desde la perspectiva nacional.

Ahora, que en Bolivia se habla de culturas dominantes y culturas dominadas de manera maniqueísta, vale la pena recordar algunas conquistas: Los romanos dominaron a los griegos y no por eso estos se hicieron romanos, los árabes lo hicieron durante casi ocho siglos con España y sabemos que no por eso los españoles son islámicos. Lo mismo podríamos decir de los aymaras y del dominio quechua o de ambos con respecto a los españoles. Sin embargo, es evidente que existen influencias culturales de uno y otro lado, tanto lingüísticas, sociales, políticas como religiosas.

Creo que debemos mirar y comprender lo cultural desde sus múltiples perspectivas y nos solamente desde la unilateralidad étnica. Lo nacional debe ser abarcado desde la complejidad de culturas que conviven en nuestro territorio. William Ospina afirma que *“América Latina ha sido desde el comienzo un laboratorio de fusiones culturales, un extraordinario laboratorio de fusiones culturales, algunas cosas hemos logrado, algunos diálogos se han dado a pesar de que hubo todo el interés porque esos diálogos no se dieran desde el comienzo se dieron, porque los pueblos hacen lo que tienen que hacer, crean lo que necesitan crear, y entonces nosotros llevamos*

(*) Escritor, autor de varios libros de poesía, cuento y novela. Premio Nacional de Novela 2008.

cinco siglos explorando y descubriendo a veces sin mucha conciencia de que lo estamos haciendo, como es que mundos tan distintos se encuentran y se enlazan y producen sus síntesis". En el libro "Los nuevos centros de la esfera", Ospina también afirma que "hay muchas cosas que todavía no se han mostrado. (...) Es así como, como el mundo latino aún tiene muchas cosas por mostrar y es una gran variedad que nos va a dar mucho auge en el mundo globalizado, pues vamos a tener más oportunidades de figurar". Así, tal cual, es como deberíamos pensar a Bolivia.

Muestra diversidad cultural no debería ser un problema, como se lo viene proyectando en la discusión nacional, sino una oportunidad para mostrar nuestra riqueza pluricultural, tanto por la experiencia histórica acumulada como por los conocimientos y quehaceres ancestrales. Nuestra diversidad cultural debería ser nuestro mayor capital como nación, en la que se apoye todo el entramado conceptual y principista del Estado, pero de una manera generosa y amplia, sin mezquindades étnicas.

Las culturas nativas

En el actual territorio boliviano conviven 36 etnias, 36 culturas o naciones como quieren entenderlas algunos. Las que habitan las tierras bajas no tienen problemas en seguir siendo llamadas "indígenas" y lo hacen con orgullo; para las naciones de tierras altas, en cambio, es una ofensa, una humillación y por eso prefieren llamarse "originarios".

En ambos casos no se puede negar su presencia en estas tierras, que viene de mucho antes de 1492, porque en los espacios que habitan hay siempre un testimonio material o intangible de su paso y de su estancia por este continente. Hay una cosmovisión, una manera de ver y sentir el entorno. En las tierras bajas venimos de la cultura del agua y de la selva, en las tierras altas provienen de la montaña y la piedra.

La prueba más clara son los toponímicos que nombran lugares revelando sus particulares características y, en la mayoría de los casos, esas palabras pertenecen a lenguas vivas que todavía se hablan en nuestro extenso territorio. Y, muchas de las veces, estos toponímicos se superponen entre sí con dos o más lenguas nativas o con los nombres que impusieron los españoles y que no lograron posicionar. Carlos Hugo Molina, nos dio algunos ejemplos poéticos en su comentario sobre la charla de Ospina.

Es cierto que muchos de estos nombres nativos, indígenas u originarios sufrieron deformaciones pero nadie puede negar su esencia lingüística porque

en América toda la geografía ya tenía nombre. Lo mismo sucede ahora entre varios idiomas, los neologismos son frecuentes y de asimilación muchos más veloz por los adelantos cibernéticos. Los que hablamos castellano lo hacemos con una mezcla de palabras nativas y de otras lenguas europeas, y en el caso de los nacidos en oriente o cambas lo hacemos pensando en nuestra propia cosmovisión, así como los collas lo hacen pensando en aymará y los vallunos en quechua. El orden de dominación colonial no pudo destruir esto que es nuestra mayor herencia.

La resistencia cultural

Pero la llamada “Resistencia cultural” no se da únicamente en el lenguaje, también en la conservación de sus formas de organización social, tanto en lo político, lo comunitario, lo religioso o lo medicinal. Desde la conquista o el “encuentro de dos mundos” como prefiere llamarlo Naciones Unidas, las culturas nativas se han venido apropiando de los símbolos occidentales, los han recreado, los han reorganizado y les han brindado nuevos significados.

Tal vez el ejemplo más claro de este sincretismo sea la religión popular, cuya matriz de origen cristiano ha sido reinterpretada de acuerdo a las raíces de cada cultura. El símbolo más evidente de este proceso es la Virgen María, Madre de Dios y la Pachamama, la madre naturaleza. La imagen que gráfica esta simbiosis es la de “La Virgen del Cerro” cuyo original se conserva en la Casa de la Moneda de Potosí. Les aconsejo que busque esta imagen y que vena más allá de la pintura, que la interpreten. El Culto mismo a las vírgenes nace después de la colonia, en una clarísima influencia de lo americano-pagano sobre lo occidental y cristiano. De esta manera la religión católica se encuentra muy arraigada entre la población indígena u originaria. Ahora bien y tal como lo señala Ospina: *“La religión católica está entre nosotros llena de sincretismos, de fusiones de la divinidad europea con entidades y símbolos de la naturaleza americana, llena de animismo, de santería, de ritos africanos. Y basta ver nuestra literatura para entender que Pedro Páramo, Cien años de soledad o el Aleph de Borges no habrían podido escribirse en España”*.

Día a día, desde antes de la llegada de los españoles los pueblos de América tuvieron que luchar con maneras diferentes de ver y entender el mundo. La conquista fue un rompimiento del aparente equilibrio que había entre las culturas originarias de América, pero la resistencia cultural creo lo que ahora tenemos: un país con un abigarrado conjunto de etnias, unas más dominantes que otras y sectores sociales urbanos que poseen sus prácticas culturales heredadas de sus antepasados pero ya con sus propias culturas diferentes a las demás. Sin

embargo en la actual sociedad boliviana la presencia de lo indígena u originario está vigente en lo cotidiano aún en aquellos sectores que somáticamente no son ni siquiera mestizos.

Si bien no es lo mismo un joven tarijeño, que un paceño, que un cruceño o un beniano o de cualquiera de los nueve departamentos, porque cada cual posee una subcultura popular urbana forjada desde lo local que los hace diferente tanto en lenguaje cotidiano, en sus aspiraciones, como hasta en la forma de recrearse, vestir o comer, pero que al mismo tiempo le da un sentido de pertenencia a algo, a una nación, la nuestra, la boliviana.

De Indios a Campesinos y viceversa

La historia nos muestra que la colonia creó al “indio” como categoría social, los conquistadores eran los españoles y los conquistados eran todos “indios”, pero ya hemos visto que los pueblos americanos nunca perdieron su esencia. Y lo de Bolivia vale para muchos países latinoamericanos.

En este artículo no voy a extenderme en el tema de la violencia de la colonialidad porque lo que pretendo es buscar la reflexión sobre lo intercultural, sobre aquello que nos une. La historia también nos enseña que la independencia fue para los criollos y que en muchos casos los indígenas u originarios empeoraron su situación, como el fue el caso de algunos señoríos aymaras que perdieron sus privilegios que incluso habían sido respetados en la colonia.

Demos un salto a la Revolución de 1952 que en intento por modernizar la sociedad agrario feudal boliviana pretendió “desindianizar” a los grupos étnicos nacionales volviéndolos campesinos. Con un relativo éxito porque son muchos los sectores sociales que se reclaman a sí mismos “campesinos” negando en varias ocasiones a sus ancestros. Después de los ochenta y con la presencia innegable de las ONGs la tortilla se fue dando la vuelta y tenemos a pueblos que reconociéndose indígenas u originarios se sienten orgullosos de su legado e interpelan al estado boliviano por la falta de atención a sus problemas y reclaman la inclusión de sus derechos colectivos como etnias nativas de este territorio.

Y llegamos al proceso de la Asamblea Constituyente iniciado en 1990 por la ya célebre “Marcha por el territorio y la Dignidad” iniciada por los pueblos indígenas del Beni y luego continuada por otros sectores en importantes hitos que se conocen como la “Guerra del Agua”, la Guerra del Gas” o la propia lucha por las autonomías regionales.

El dilema Pluricultural

Después del fracaso de la Unidad Democrática Popular, la izquierda boliviana no ha logrado definir un proyecto nacional que integre todas las visiones nacionales, acostumbrada a la crítica feroz se vio de pronto acorralada por una presencia y discurso de lo indígena u originario que iba más allá de sus capacidades organizativas y de convocatoria. Quizá porque no pensaron al país desde nuestra propia realidad sino desde la perspectiva de postulados teóricos extraños a nuestra realidad abigarrada para decirlo en términos de René Zabaleta. Así como la “oligarquía tenía el poder y despreciaba al pueblo”, cierta izquierda despreciaba la capacidad de movilización de sectores mayoritarios por considerar que no estaban a “la altura del proceso revolucionario”. Tal vez lo que no entendieron es que se trataba de mirar el marxismo desde lo nacional y no mirar la nación desde el marxismo. En fin, por eso estamos como estamos. Aparte de los temas de alta sensibilidad política regional como las “autonomías y la capitalía plena”, el gran debate ideológico está centrado en la propuesta del MAS de lo Plurinacional que ha generado una serie de debates que, en su momento, llegaron incluso a los golpes. Y no hay porque asustarse, así no más somos los bolivianos, los que creyeron que la Asamblea se iba a resolver como si fuera una reunión de la Academia Boliviana de Ciencias estaban de lejos de comprender nuestra realidad.

La debilidad la actual Constitución Política del Estado es que no piensa la nación boliviana como una colectividad multicultural y pluriétnica conformada por ciudadanos sino por 36 nacionalidades, que cada una de ellas puede llegar a definir políticas comunitarias, sistemas sociales, económicos, políticos y jurídicos, y en este marco reafirmar sus estructuras de gobierno algo muy parecido a lo que se critica a los autonomistas cruceños.

Por mirar el árbol estamos dejando de mirar el bosque, nos estamos olvidando de todo lo aprendido durante estos quinientos y pico años, conocimientos que les han permitido a nuestros pueblo persistir en su existencia y crear una visión mestiza que todavía no acabamos de aceptar. Aquí quisiera recordar la cita de William Ospina, que recordara Gabriel Baracat en su comentario, acerca de que *“el bosque no vale, si es que el árbol vale menos”*.

El sociólogo Carlos Hugo Laruta, dijo en un taller en la ciudad de El Alto, que lo que nos falta a los bolivianos es no solamente aceptar el mestizaje biológico sino aceptar el mestizaje cultural. Yo acotaría que no solamente debemos aceptarlo sino también apropiárnoslos así como los hemos venido haciendo durante siglos con aquello que nos ha permitido avanzar desechando lo dañino.

En esta lógica debemos pasar del reconocimiento de nuestra pluralidad cultural que ya está constitucionalizada a la acción intercultural que todavía se siente como algo bonito, propio de artistas o de festivales folclóricos. Lo intercultural ya está entre el pueblo, es cuestión de volverlo política estatal, y ahora que está constitucionalizado en la nueva CPE es necesario hacerlo evidente y necesario.

Creo que todos, o por lo menos la mayoría, de los bolivianos soñamos un país imaginario, un país en el que todos vivamos en armonía, “la complementariedad de los opuestos” dicen los que gustan de inventar términos que parecen científicos. Pero para eso debemos ser claros en el rechazo a toda concepción que signifique el dominio de una cultura sobre otra. No olvidemos que lo plural engloba lo particular.

Para terminar, el reconocimiento a las colectividades históricas no debe implicar la anulación de los derechos individuales. Hay que pensar lo nacional desde lo plural, aceptando que los bolivianos no poseemos una cultura uniforme pero que estamos orgullosos de ser diversos. El proyecto nacional, para lograr la unidad de la nación, debe basarse en ese presupuesto. El desafío de hacerlo mejor que nuestros antepasados es de todos nosotros, indígenas, originarios, campesinos, afrodescendientes y “población culturalmente diversa” como nos quieren encasillar a los mestizos, a los ninguno, a los que no tenemos adscripción étnica nativa. Si bien es cierto que estamos viviendo un especial momento histórico, no debemos olvidar que como afirma Ospina “el mundo tiene al mismo múltiples realidades” pero que formamos parte de un todo.



OBSERVATORIO POLITICO NACIONAL OPN-UAGRM

Reymi Ferreira	Rector
Roger Tuero	Director
Manfredo Bravo	Jefe de Unidad

OBSERVADORES

- José Mirtenbaum
- Carlos Hugo Molina
- Hernan Cabrera
- Germán Antelo
- Nicolás Ribera
- Gastón Zamora
- Ivan Arias
- Maggy Talavera
- Cecilia Moreno
- Claudia Canedo
- Homero Carvalho

Se terminó de imprimir en julio de 2009
en los Talleres de **Industrias Gráficas SIRENA**
Calle Manuel Ignacio Salviatierra N° 240
Teléfono: 336-6030 • Fax 334-7774
E-mail: imprentasirena@cotas.com.bo
Santa Cruz de la Sierra - Bolivia